

# REPERTORIO AMERICANO

San José, Costa Rica 1928 Sábado 8 de Diciembre

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

## SUMARIO

Agrarismo en Chile.....	Gabriela Mistral	Miguel de Unamuno.....	Azorin
¿Existe una literatura proletaria?.....	Miguel de Unamuno	Comentarios de <i>El Tiempo</i> de Bogotá a las elecciones de Nicaragua y al viaje de Mr. Hoover.....	
Denuncia de Haya de la Torre.....	A. Masferrer	Nuestra apatía.....	Max Jiménez
Margarita Ogilvy (5).....	James A. Barrie	La bella realidad de la <i>María</i> de Jorge Isaacs (y 2).....	Cornelio Hispano
El libro de Max Jiménez.....	Carmen Lyra	Colombia y Hoover.....	L. E. Nieto Caballero
Carta abierta.....	A. C. Sandino	Carta.....	Enrique H. Lee
Sus mejores poesías (4).....	José M. Eguren	Comité pro-andino en Costa Rica.....	
El extranjero.....	B. Sanín Cano	Tablero (1928).....	
Aprismo.....	Luisa González	Voces patrióticas que no hallaron eco en la prensa diaria nacional.....	José María Zeledón
El trágico crescendo de la sinfonía de una gran vida.....	Emil Lenjal		

## Agrarismo en Chile

=De *El Tiempo*. Bogotá.=

COMIENZA a hablarse en Chile de la subdivisión de la propiedad agrícola, es decir, de una de las pocas cosas esenciales para que una democracia exista, se toque como carne y huesos, eche sombra, ande y convenza de sí misma.

Mucho necesitaba ya la democracia manca que es la nuestra,—preocupada, desde hace cinco años, de Códigos de trabajo, habitación urbana y otras asistencias honestas al obrero,—volver la cara hacia el campesino, darse cuenta de él y agrarizarse un poco. Le faltaba un brazo a la semi-democracia chilena, y yo creo que era el derecho...

Aseguran que Chile será siempre país como de salitre y de metales y de una industria adulta, que ya tenemos nacida. El salitre se ha de ir, tarde o temprano; las minas ya ralean; los Coquimbos y las Atacamas pasaron, y Rancagua ha de pasar con esos dos mayorazgos de metal cúpreo y blanco. La tierra, en cambio, es la lealtad misma; yo no sé darle en el viejo amor fuerte que le tengo, mejor nombre que ese de *leal*. Los Brasiles y las Venezuelas ya pueden descuidar un poco su piel vegetal, porque la tienen grande y hasta debe darles un bostezo de fatiga: llano, más llano; y bosque, más selva.

Porque nosotros poseemos un mínimo del enorme reparto forestal que es la América, estamos destinados al cuidado meticuloso del suelo, a una cultura ejemplar, fina hasta el preciosismo vegetal en que han acabado los países pequeños, las Suizas y las Bélgica. Que la Argentina defienda, si puede, su latifundio como un estado natural que le crea su generosidad geográfica. Yo digo *si puede*, porque el legítimo rezongo contra el latifundio también ha empezado allá. Nosotros, el Chile angustiado de suelo, mitad roca volcánica, un tercio desierto, sin más tierra verdadera que el llano central, no puede seguir viviendo el latifundio sino como amparo deliberado de un régimen bárbaro.

Yo no necesito hablar de Francia, la bien parcelada, especie de pulido dominó verde y dorado de granjas, que ya había dividido en buena parte su suelo antes de la Gran Revolución. En otros artículos ya he alabado con legítimo superlativo este país que un alemán llama «de los sesenta millones de propietarios rurales». De otros lados reniega la democracia francesa, no de éste.



El «pueblo de la razón», que no se casa con el absurdo en ningún aspecto, y cuyo carácter individualista pone marca a todas sus cosas, no podía vivir el absurdo de ser campesino sin predio, lechero sin pradera, vendimiador sin viñedo, ni productor de fresas sin huerto.

Pero si Francia comenzó hace doscientos años, (quinientos dicen otros), la Europa la ha seguido. Acabo de leer una bella obra sobre la reforma agraria en Europa, y salgo de esa lectura reconfortante con una enorme humillación respecto de la América. Desde la España feudal (que dicen) hasta el límite amarillo, pasando por la Rumania de las dictaduras y por la Italia fascista, con que nuestros conservadores alharaquean tanto, la Europa entera divide la tierra legalmente, sin revolución, sin pujos marxistas sino en Rusia; decapita el feudo, lo hostiga y lo cerca como un jabalí; parcela y riega a la vez; abre los Bancos y las Cajas agrarias, oye al campesino en su exigencia de poseer; le aplaca y le da sin miedo la dignidad de poseer el suelo, tan natural como el gozo de la respiración o de la marcha.

Cuando esta gente de ojos abiertos nos llama bárbaros porque no estudiamos latín o porque no bebemos té, no tienen razón; la tienen ¡y de qué tamaño! cuando se ríen de nuestras democracias con mil propietarios por millón de habitantes. Yo me reíría

con ellos si no tuviéramos de oírlos el corazón mordido de cólera, porque dicen primarias verdades.

La noticia que me llega de Chile sobre una acción agraria decorosa y salvadora, me endereza de un gozo que no sé decir. Escribirme que mi madre se ha puesto joven y fuerte, no me llenaría de mayor complacencia. El contarme que ha brotado petróleo a lo largo del país a cada diez kilómetros de costa, me exaltaría menos. Porque un pozo de nafta brota porque sí, por antojo de la geología, y una ley agraria nace cuando en un pueblo madura la conciencia, se permea de equidad, se enmiela y se abre como la granada noble.

Hace seis años yo mañé mi primer artículo sobre la reforma agraria en México. Y desde entonces, y sin hacer artículos de especialidad que no sé escribir, he dicho, cada vez que he podido, mi aborrecimiento de nuestro feudalismo rural, contando qué hombre completo—con suelo, con casa, con educación agrícola, con sensibilidad para la extensión verde—me he encontrado en mi camino, que no hago cantando como creen, sino mirando, hecha entera *ojo* para los míos, ojo chileno, que ve neto y mira sin pestañear.

Siete años hace que yo leo y oigo de Chiles nuevos, volteados desde las entrañas, dicen, para la rectificación valerosa de nuestros reumas de rutina colonial y nuestros abscesos de corrupción republicana.

Yo no he entendido detrás de tanta sonajera necia sino un mejoramiento de la clase media, la más ávida de nuestras castas hindú-chilenas... La campesina, ni hablaba ni «contaba» en los meetings de seis horas o de tres días que venimos oyendo y sufriendo hace siete años.

¿Dónde estaba? Haciendo lo que comen y beben las otras: los trigos de Angol tan dulces en nuestras colinas del Sur, y los vinos de Aconcagua, cuyo buen ímpetu estaba en los discursos de los «jefes». Tan callada como los terrenos que voltea con la inercia de ellos, que no están atentos sino a hacer los glútenes y las féculas, ella no aparecía en ningún grupo ni rojo ni blanco, y era casi fantástica esta ausencia de la criatura rural que pasa los dos millones de nuestra población.

Semejante mansedumbre ha hecho concebir esperanzas excesivas a los terratenien-

tes. «Si ellos no se mueven ¿a qué moverlos?, dicen». «Han de estar contentos de vivir en el suelo prestado. Déjenlos tranquilos». Yo he mirado siempre como cosa sobrenatural la paciencia campesina en la América. Se parece a la larga paciencia de Dios, de que hablan los teólogos. Pero un Estado no puede contar con lo sobrenatural como con una «naturaleza», él que es laico, y menos han de descausar los terratenientes, que son grandes realistas, en estados casi angélicos de una masa, como en situaciones que puedan durar aún veinte años más.

Si el campesino chileno nada pide, es porque no sabe que él pertenece a una familia humana que cada país ama como su tuétano vital; que en algunos, como Francia, forma una aristocracia moral y que en otros cuenta medio parlamento y medio gobierno. El cine y la revista ilustrada van a contárselo, tarde o temprano. El verá la casa, la granja suiza y la alemana; él sabrá del Banco Agrario de cada ciudad y de la Cooperativa próspera que sirve a cada aldea. El líder que se ha callado sobre esa y otras cosas, por adulo al obrero industrial, cuya suerte quiere servir antes, se pondrá a informarlo. Entonces él va a moverse. A su manera, a la chilena, que los patronos parecen no conocer todavía. De un solo empujón y mortal. El «empujón» se llamó en México Emiliano Zapata y sus morelenses: saqueó, quemó, mató y repartió el suelo, todo en la misma hora.

Los patronos deberían poner la mejor cara a las leyes agrarias que lleguen al Congreso: los patronos que forman parte del Congreso y los que quedan afuera, y que manejan opiniones de prensa y de círculos. Es la ocasión de que un país de América legisle sin anticipo de sangre, y sin urgidura caliente de revuelta, sobre el problema perversamente postergado, de la propiedad rural. Que no vengan los discursos de la Cámara y los artículos de periódico a decir en país sin información de este orden, miedillos vestidos de derecho, defendiendo con ello intereses abusivos.

Por otra parte, para los campesinos nada más favorable que un reparto agrario realizado sin revolución. Bueno es que sepan que la reforma agraria mexicana se mantiene en una zozobra permanente, temiendo de cada elección presidencial, porque salió de una revuelta, y por cada revuelta teme y tiembla. Con la muerte de su jefe, el General Obregón, el agrarismo mexicano—que con todos sus defectos yo estimo,—vuelve a hallarse en peligro de ser rectificado. En una reforma agraria sin sangre, el campesino chileno puede descansar; dormirá tranquilo; se pondrá al trabajo de su parcela, sin voltear la cabeza a todos lados husmeando el riesgo; recibirá, ya con razón de ser, la instrucción agrícola que le falta para el cultivo intenso; cuidará con celo de dueño sus cooperativas, y se comprometerá, sin temor del día siguiente, en la compra de su maquinaria moderna.

La T. S. F. debe informar a los campos del movimiento en perspectiva, que es el suceso moral más efectivo que se haya cumplido entre nosotros, para que los campesinos lo conozcan y lo sigan con el corazón atento y con una dignidad bien despierta de su viejo derecho, que había sido guardado como cachivache viejo durante veinte presidencias republicanas.

Y si Chile resulta capaz de finiquitar una reforma verdadera («verdadera» quiere decir de gran aliento y no miedosa, que sirva para cincuenta años y no para cinco), sin paseo rojo de carabinas a lo largo del país, el ejemplo saltará, en dos años, a los demás países agrarios de la América (¿y cuál no lo es?), que temen la reforma, aunque reconocen su necesidad, porque los quince años de sangradura de México les dan miedo.

Será una obra maestra de labor civil con

rasgos europeos, es decir, con semblante de cosa culta, y una América con su clase campesina al fin desagraviada; y su democracia legítima sonando a limpia plata cuando se la tañe, nos traerá honra a cada uno: así, a cada uno de nosotros, y a la América una

honra adulta que nos permita hablar de ella sin que se nos enrede la lengua en su elogio, como suele enredársenos cuando damos el dato sano y escondemos astutamente los castrosos y feos: los de su fabuloso latifundismo.

## Gabriela Mistral

París, segundo semestre de 1928.

### ¿Existe una literatura proletaria?

1.º—¿Cree Ud., que la producción artística y literaria sea un fenómeno puramente individual? ¿No piensa Ud. que pueda y deba ser el reflejo de las grandes corrientes que determinan la evolución económica y social de la Humanidad?

2.º—¿Cree Ud. en la existencia de una literatura y de un arte expresivos de las aspiraciones de la clase obrera? ¿Cuáles son, según Ud., sus principales representantes?

(Encuesta de Monde, París).

No creo que haya alguna manifestación del espíritu humano, como la producción artística y literaria, que sea un fenómeno puramente individual, ni tampoco, un fenómeno puramente social. Un individuo humano, consciente sin sociedad, es tan imposible, como una sociedad sin individuos, lo que los ingleses llaman un *tourism*. El individuo por sí mismo es un producto social, pero la sociedad humana, ¿no es, a su vez, un producto individual? Y por lo que concierne a la literatura y al arte, una masa humana, un grupo humano es incapaz de crear una canción, un aire musical, un idilio. No creo en el arte popular. Lo que hace el pueblo es adoptar o rechazar lo que un individuo le ha dado.

La producción artística y literaria, refleja, sin duda, las grandes corrientes que determinan la evolución económica y social de la humanidad, pero refleja, igualmente, y mejor, los eternos deseos del alma individual, el anhelo de verdad, el anhelo de sueño consolador, el anhelo de amor y el anhelo de inmortalidad. Refleja las aspiraciones del hombre en cuanto hombre, en cuanto individuo humano, y estas aspiraciones, comunes al rico y al pobre, al amo y al esclavo, al grande y al pequeño, son las más universales, pues no hay nada más universal que lo individual. Los poetas que viven más en la conciencia de los pueblos y del género humano son los que ponen más al desnudo, a la luz del sol y al aire que canta entre las hojas de los árboles, su propio corazón; y diciendo «*ecce homo*, soy yo» dicen a cada uno de los hombres que los escuchan: «¡tu eres así!» Y aquel que los escucha se reconoce a sí mismo y se dice: «¡soy yo!» Lo que hace que eso que se llama frecuentemente el *egoísmo*, de ego, yo, podría llamarse *tuismo*, de tú. El verdadero poeta, dirigiéndose a una masa de hombres, no se dirige a la masa sino a cada uno de ellos.

¿Si creo en la existencia de una literatura y de un arte que expresen todas las aspiraciones de la clase obrera? Las aspiraciones íntimas, profundas, eternamente humanas de cada hombre obrero, son las mismas de cualquier otro hombre que tiene aspiraciones humanas. El obrero se enamora, como aquel a quien se llama burgués, como él tiene hijos, como él sufre cuando una persona querida se le muere, como él teme o desea la muerte, como él se preocupa del fin de la vida, como él se estremece

ante el misterio trágico del destino. Y estas aspiraciones han hecho el arte y la literatura cuyo objeto, como el de la religión, es consolar al hombre de haber nacido para morir.

En las preguntas que se me hace, no figura expresamente la expresión «literatura proletaria». Me sería difícil definirla. Cuanto más leo libros de Sociología y de Economía Política, menos comprendo lo que quiere decir el proletariado. Si no he encontrado un fenómeno humano ni puramente individual ni puramente social, no he encontrado hombre que sea puramente proletario, ni ninguno que tenga algo de este género. Creo poco en las clases y en las castas. Lo mismo que creo que cada uno lleva en sí el tirano y el esclavo, el verdugo y la víctima.

Lo que he podido observar, en aquellos que llamamos con más o menos razón proletarios, es que lo que se escribe para ellos en cuanto proletarios, no les interesa más que lo que los adultos hacen para los niños, poniéndose a balbucear a fin de ser mejor comprendidos, algo que hace reír a los verdaderos niños.

La vida íntima de cada hombre que ha sido verdaderamente grande, aún si es un eremita o un tirano—los ha habido grandes por el espíritu—interesa más, con mayor suma de emoción estética a un obrero, que cualquiera tostada sobre la cuestión social. Y si el teatro que podríamos llamar socialista tiene tan poca duración, es porque no interesa a los socialistas, ni aún a aquellos que leen a Marx. Y es que no se vá al teatro para aprender, sino para aprender a sentir y aprender sobre todo a sentirse hombre. Y uno no se siente hombre sino ante Otelo, Hamlet, Rey Lear, El Cid, Fedra, Don Juan, Tartufo, Felipe II, etc.

Aun suponiendo que la historia sea el juego de la lucha de clases, el arte, la literatura, la poesía, están, por encima—o si se quiere por debajo—de esta lucha, y unen a los combatientes en la fraternidad humana. Una obra de arte que vosotros llamáis burguesa, emocionará e interesará a aquellos que vosotros llamáis proletarios, si es una buena obra de arte, y una obra de arte que vosotros llamáis proletaria emocionará e interesará a aquellos que vosotros llamáis burgueses y les enseñará a los unos y a los otros a ser hombres. Y ser hombres es vivir en función del destino final de la humanidad.

## Miguel de Unamuno

(Tomado de *Amauta*. Lima).

## Denuncia de Haya de la Torre

=De Patria, El Salvador.=

EN el *Repertorio Americano* del seis de octubre actual, el señor Haya de la Torre expone agravios contra las autoridades salvadoreñas, por la manera como lo expulsaron de este país. En esa exposición Haya de la Torre me cita varias veces como testigo, ya sea de hechos referentes a él, o de otros que me atañen directamente.

Como se trata del *Repertorio Americano*, que es el órgano de comunicación entre los hombres de pensamiento y de conciencia en la América Española, y como tales aseveraciones vienen autorizadas por Haya de la Torre, me siento obligado a esclarecer o a rectificar algunos hechos y conceptos.

No me consta en manera alguna que el Cuartel del Zapote estuviera erizado de ametralladoras el día en que se asiló Haya de la Torre en la Legación Mexicana. Yo llegué a su casa a las cuatro y media de la tarde, y algunos minutos después llegó alguien que le instó con vehemencia a que buscara asilo en la Legación, porque, dijo, acababan de asegurarle que Haya de la Torre sería capturado y deportado esa misma noche. Haya refirió entonces que estaba informado de que había el propósito de apoderarse de él, en cualquier lugar de Centro América, y de llevarlo a Nicaragua, donde sería entregado a los imperialistas. En tal emergencia le ofrecí mis servicios a Haya de la Torre, y contribuí a su evasión con mucho gusto.

No tengo ninguna noticia de que los estudiantes y los obreros se hayan reunido, inmediatamente después de su evasión, en la Universidad y en actitud de protesta ni de que se hayan puesto en pie de guerra los cuarteles por ese motivo, echando a la calle ametralladoras y fusiles. Me dijeron algunos estudiantes que se reunirían al día siguiente

por la tarde, pero no sé si lo verificaron.

No soy Secretario General del *Apra*. Ya asilado Haya de la Torre, me propuso que aceptara la Secretaría General, aquí en El Salvador, pero la rehusé; dándole sí a entender que probablemente aceptaría, si llegaba a organizarse la sección de San Salvador. Como esa organización parecía segura y próxima cuando él se fué, es explicable que a la fecha de escribir su artículo la creyera realizada, y que me tuviera ya como Secretario General.

Creo que en el Gobierno no se ha pensado nunca en expulsarme del país a causa de mi actuación en el diario *Patria*; aunque es muy probable que algunos terratenientes y otros capitalistas lo hayan procurado, movidos por su enojo contra mi propaganda del Minimum Vital.

Hasta el día en que publiqué mi artículo sobre *La Vivienda*, la Censura fue muy benévola conmigo. Su actitud cambió enteramente cuando intensifiqué la propaganda sobre el Minimum Vital y la propaganda en contra de los imperialistas.

Fuera de mis colisiones con la Censura, a veces muy acres, no tengo nada de qué resentirme. Las noticias de ultrajes y amenazas, publicadas en *El Mundo*, de San José de Costa Rica el 1º de octubre, no tienen sentido ninguno, si se refieren a otra cosa que no sean esas colisiones.

Concluyo. No soy adversario del Gobierno: mi actitud de colaboración consta en muchas ediciones de *Patria*.

A. Masferrer.

## Margarita Ogilvy

Por su hijo

JAMES M. BARRIE

Trad. de Ernesto Montenegro

CAPÍTULO V

### Un día de su existencia

Pláceme evocar un día de su existencia tal como era por esta época, en que su espíritu seguía tan despierto como siempre y sus manos no menos ágiles, aunque no en condiciones de hacer mucha labor. No me será difícil, visto que se repetía un día tras otro, poniendo sin embargo en ello unos bizarros caprichos que añadían cada vez nuevo deleite. Nuestro amor era tal que con facilidad podíamos anticipar lo que haría en ciertas circunstancias, pero a ella siempre se le ocurría una manera distinta de hacerlo.

Bueno, pues, junto con romper el alba ella se despierta, se sienta en la cama y se planta en medio de la habitación. Tan ágil estaba en las mañanas (una de nuestras dificultades con ella) que esas tres acciones deben ser consideradas como una sola; ya está en el suelo antes de que hayamos tenido tiempo de contarlas. Se la ha advertido seriamente que no debe moverse de la cama hasta no haberle hecho fuego en la habitación,

y como ha quebrantado las órdenes, nótasele un mal reprimido gozo en el semblante. La cuestión es, qué hacer antes de que se la sorprenda y se la lleve ligerito a la cama otra vez. Los dedos le hormiguean por preparar el desayuno; con toda el alma ella limpiaría la parrilla del fogón, pero eso podría despertar a la hija de cuyo costado acaba de resbalarse tan mañosamente. Su mirada se detiene en el biombo que hay al pie del lecho, y la dulzura de su fisonomía se trueca en determinación. Para resguardarla de las corrientes de aire se ha traído este biombo de la sala, donde no servía para nada. Pero en opinión de ella, es demasiado hermoso para usarlo; su sitio está en la sala, donde a ella le gusta ir a echarle una mirada al pasar. Por esto se opuso a que se le cambiara de sitio, y hasta se sintió contrariada por ello. Ahora se le presenta su oportunidad. El biombo es poco manejable, pero ella se arregla para llevarlo con suavidades de gata, y ya va bien en

camino cuando tropieza en el gancho de gas del pasadizo. Un momento después una mano resuelta la detiene. Se la acusa de haber dejado la cama, y ella lo niega... de pie en medio del pasadizo. Humilde o protestando vuelve a la cama, y de nada sirve que uno diga:

—«Vaya, vaya con esta mujer» o «Por supuesto que sabías que el biombo se trajo para protegerte» porque ella ha de replicar con sorna:—¿Y quién estaba tocando el biombo?

Por este tiempo ya me he despertado (duermo pared por medio) y me reúno apresuradamente con ellas: tantas veces le han dado ataques de noche, que el mejor ruido proveniente de su cuarto pone en conmoción a toda la casa. Ya está de vuelta en la cama, y como si nunca se hubiera escapado de ella, pero yo la conozco y escucho con severo semblante la historia de sus malandanzas. Ahora se muestra contrita. Sí, tal vez ella había prometido no echarse a andar descalza por el piso helado, al amanecer, pero sólo se había levantado por un momento—y no hay para qué abrumarle la cabeza con eso de las corrientes de aire—nadie hablaba de tales corrientes de aire cuando ella era niña—y es cosa que no puede contenerse (aquí vuelve a hacer ademán de levantarse, pero nosotros la retenemos en cama) al verse allí tendida mirando cómo se arruina ese precioso biombo. Yo le digo que la belleza del biombo ha sido siempre su miserable defecto. ¡Ah, quién tuviera a mano un cuchillo con que tajarlo, dejándolo bueno apenas para el dormitorio! Como no hay cuchillo cerca, mi pie puede servirme; lo levanto, y entonces... ella ve que está sin calzar, y alarmada me grita que me vuelva a la cama antes de pescar un resfrío. Está dispuesta ahora a firmar cualquier compromiso con tal de que yo vaya a arropar mis pies desnudos, pero lo más probable es que, un momento más tarde, ella ponga los suyos en el suelo para ir a convencerse de que estoy bien abrigadito en mi cama.

Son apenas las seis de la mañana, y todos hemos prometido dormir una hora más, pero a los diez minutos ella está cierta de que han dado las ocho (adiós prestigio de una casa), y si no han sonado es porque el reloj no anda bien. Un momento después se la captura en la escalera, mientras bajaba a darle cuerda al reloj. No hay, pues, más que levantarse, y como no tenemos sirviente, mi hermana se va a la cocina después de decirme a mí que cuide de que «esa mujer» se esté quieta, y «esa mujer» replica en voz alta que «puesto que siempre se está quietecita, a qué entonces todo ese barullo».

La tenemos ya en pie, envuelta en su grueso abrigo de lana; se le echa un chal a la espalda (no sea que se nos escape a pesar de nuestra vigilancia) y en la cabeza una deliciosa gorra blanca. ¡Oh, quién pudiera cantar las alabanzas de la humilde gorra de lino (y el responso de la coquetona capota negra) desde aquel día en que mi madre invocó en su ayuda las artes mágicas y la hizo de un puñado de copos de nieve; y celebrar las amadas manos fatigadas que la lavaron en una palangana, y el almidonado y la plancha con su exquisito alechugado del borde, fino como la espuma, y las amorosas alas de los lazos que se ataban bajo la barbilla! La venerada gorra blanca, que me da gozo ver sonriéndome a mí desde las puertas y ventanas de los pobres; siempre está sonriendo, aun cuando esa sonrisa sea tan tierna que parece que una lágrima se oculta en sus vuelos. Cien veces he quitado la vulgar capota de la cabeza de mi madre, puesto la gorra en su lugar y anudado los lazos bajo la barbilla, en tanto que ella protestaba sin disimular su satisfacción. Bien en lo íntimo

ella sabía lo que le sentaba mejor, y lo confesaba con cara radiante cuando le ponía un espejo al frente y le decía que mirara; pero al fin de cuentas la capota costaba tanto y tanto, mientras que... ¿Han golpeado a la puerta? Allá va ella adentro, a ponerse la capota!

Su día lo comenzaba sentada junto al fuego, con el Nuevo Testamento en la mano: un antiguo volumen con sus hojas sueltas primorosamente ordenadas y sus cubiertas cosidas y vueltas a coser por su mano, en forma que uno no esperaría que nunca se desencuadernaran. Ahora está en mi posesión, y para mí las puntadas con que lo cosió son como parte del contenido. Otros libros los leía ella en la forma ordinaria, pero no la Biblia. Sus labios se movían con cada palabra como si estuviera leyendo en voz alta, y su semblante se ponía muy solemne. El Testamento quedaba abierto en su regazo mucho tiempo después de haber terminado la lectura, y la expresión de su fisonomía seguía tan grave.

La he visto leer otros libros en horas tempranas, y siempre había en su expresión algo de culpable, pues ella pensaba que el leer por entretenimiento era poco decoroso hasta no llegada la noche. Sus tardes las pasaba en lo que ella llamara «naderías», lo cual solía consistir en labores de costura en que la aguja iba tan ligero como si se tratara de una esclava de taller terminando una tarea en que le fuera la vida; o podía encontrársela ante una mesa, con clavos entre los labios, para tener que ir a bajarla momentos después del desván (se le había ocurrido de repente cambiar las cortinas) o está metida debajo del catre removiendo cajas de cartón y preguntando severamente dónde le han puesto el sombrero aquél.

En general su conducta es hoy de lo más ejemplar (ni siquiera una sola vez la hemos sorprendido tratando de escapar hacia el galpón del lavadero) y la felicitamos a la hora de la comida, en parte porque lo merece y en parte para convencerla de que siendo tan buena debe comer algo, cuando más no sea por mantener su reputación. Dudo que en toda su vida dedicara una hora a pensar en comer; en sus buenos tiempos comer le parecía tiempo perdido, y más tarde sólo comía para jactarse de ello, como de algo que hacía puramente por darnos gusto. Rara vez recordaba si había comido o no, bien que siempre lo diera por hecho, y puede que mientras con toda buena fe me estaba dando razón de los platos, aparecía la comida en la mesa. Durante mi estada en Londres ella me hacía anunciar diariamente lo que comía, y no era raro que hubiera que vencer su negativa a probar bocado con traer el tintero y pluma. Al ver la pluma en alto, ella solía decir con un suspiro:

—Dile que estoy a punto de comerme un huevo.—Pero los demás no se dejaban engañar así no más; pluma en mano aguardaban hasta tanto no se lo hubiera comido.

Nunca en su vida salió a la calle «por ejercicio». Siendo niña tuvo que andar largas distancias cuando llevaba la comida de su padre hasta el lugar donde trabajaba, pero el andar sin otro fin que el de conservar la salud le parecía cosa de risa. Aseguraba seriamente que en los días de su niñez nadie salía por vía de paseo, y nunca dejó de creer que era un absurdo puesto de moda por gentes que no sabían que hacer de su tiempo. Nadie le habría hecho creer que se hacía por placer: era pura y simplemente por darse tono, y al ver a uno de esos paseadores pasar frente a su ventana, murmuraba con mordiente sarcasmo: —Ah; ¿ya te vas de paseo, Santiaguillo? y añadía con convicción: —Anda tú, que lo que es yo no estoy para esas cosas.

Yo era uno de esos que salen a dar un paseo, y por más que ella se sonreía y

hasta solía soltar una frase burlona cuando me veía calzándome las botas, era ella misma quien las había calentado en previsión de mi salida. Teníamos convenido que ella se quedaría acostada hasta mi vuelta, y para estar seguro de que cumpliría su promesa, yo esperaba que se metiera en cama antes de salir, pero al sentir mi portazo ya la tenía en la ventana a verme pasar: hay un recodo del camino donde me habré vuelto un millar de veces a decirle adiós con mi bastón, mientras que ella me saludaba con la cabeza, sonreía y me enviaba un beso con la mano. La única costumbre inglesa que había aprendido era esa de tirar un beso con los dedos.

En una hora o cosa así estoy de vuelta, y puede que la encuentre efectivamente en

## El libro de Max Jiménez



(Facsimil de la portada.  
Dibujo de Quico Quirós)

Es este un libro cenecio: piel cetrina y esqueleto, nada más. No hay carne ni curvas femeninas. Eso sí, una amplia mirada inquieta y una sonrisa lírica que pone aquí y allá un toque luminoso sobre la aspereza del estilo.

¿Qué incómodos se deben sentir los escritores acostumbrados al orden de la academia entre este libro de Max Jiménez con sus fantoches que saltan y piruetean sin ruido, como sombras, sacudidos por los tironeos que el autor da a los hilos que los mueven.

Me parece que aún cuando Pirandello no hubiese existido, Max Jiménez habría creado sus *Fantoches* tal como lo ha hecho: cuerpos sin rasgos definidos que gesticulan en ángulos agudos.

A mí no me ha encantado este libro, pero me ha interesado, lo cual tiene más valor para mi egoísmo.

Ahora ya fuera del recinto de sus páginas, me pongo a considerarlo y me siento como si me asomara a curiosear por la ventana de una casa en donde se baila: veo danzar unas figuras humanas, pero no logro percibir la música.

Carmen Lyra

Dic. 1928.

cama, conforme con lo prometido; pero me quedan mis sospechas. Para sorprenderla, lo mejor es ir dando rodeos.

—Ya es tiempo de que me levante, dice con un bostezo que bien pudiera ser natural.

—¿Qué tiempo hace que estás en la cama?

—Tú me viste acostarme.

—Y en seguida te vi a la ventana. ¿Volviste directamente a la cama?

—¿Qué otra cosa podía ocurrírseme?

—¡Vamos, la verdad!

—Iría a ver la hora, cuando más.

—Es cosa terrible tener una madre que falte a su palabra. ¿Has estado acostada desde que salí?

—Poco más o menos.

—Dime con precisión lo que eso significa.

—A ratos.

—¿Has subido al desván?

—¿Qué tengo que hacer en el desván?

—Pero, ¿has ido o nó?

—Cuando más habré echado una mirada a la escalera.

—Has vuelto a arreglar todo el desván.

—No tanto como eso.

—¡Ah, mujer, mujer, me convenzo de que no has estado un momento en cama!

—Ya me ves acostada.

—Lo que creo es que saltaste a la cama cuando me sentiste abrir la puerta.

—No tanto.

—¿Fué así?

—No.

—Entonces sería cuando me sentiste abrir la reja.

—Puede que fuese cuando te sentí llegar a la verja.

Al retirarse la luz del día ella la sigue con su costura hasta la ventana, y la aprovecha para coser otra hebra, como quien sigue a un visitante que parte para cambiar una última palabra: pero ahora está encendido el gas y no hay por qué avergonzarse de arrellanarse con un libro en la mano. Si el libro es una novela de George Eliot o de Mrs. Oliphant, su favorita (y también la mía) entre las mujeres novelistas, o si es una obra de Carlyle, y no tenemos ruido, ella se abandonará por horas a la lectura. Su gusto por Carlyle era tan conocido, que varias amables personas le enviaban libros en que había una página con referencia a él: podía poner el dedo en cualquier pasaje de la biografía que se le pidiera, cual si se tratase de buscar un objeto en su obrador, y con indicarle una fecha bastaba con frecuencia para que ella dijera lo que se hacía aquel día en Cheyne Row. A su juicio, Carlyle no era tanto un hombre difícil de acomodar como uno que necesitaba quien supiera manejarlo, pero al preguntarle yo si creía poder haberlo manejado, sólo replicaba con una modesta sonrisa que quería decir «Oh, no», pero que tenía toda la apariencia de un «Vaya, me habría gustado intentarlo».

Una señora le prestó un fajo de cartas de Carlyle hasta hoy inéditas, y por más que la escritura fuera de lo más enrevesada y a ella le gustara que alguien le leyera nuestras cartas en voz alta, se leyó sola cada una de aquéllas y podía repetir párrafos en la conversación. Junto con esas cartas de Carlyle, que le muestran en uno de sus más favorables aspectos, había muchas de su esposa dirigida a una amiga, y en una de ellas contábase una romántica aventura... Me atengo a mi memoria, que es poca cosa comparada con la de mi madre, que todo lo retenía por un método muy suyo.

—¿Cuántos años puede echársele a Bell Tibbits? —podía uno preguntarle.

—Nació la semana que compré el caldero, pues va a cumplir cincuenta y uno (¡nada menos!) el día de San Martín.

La señora Carlyle había tomado el tren

en Londres y se sentía muy sola, visto que tenía por delante un viaje a Escocia y nadie había venido a despedirla. Pues bien; en el momento de ponerse el tren en marcha, un hombre saltó al estribo. Contrariada ella por la presencia del recién llegado, su sorpresa fué grande cuando reconoció su cara, pues eran viejos amigos y la última vez que se habían visto (no recuerdo cuantos años antes), él le había propuesto que le aceptara por marido. Estuvo muy amable y si recuerdo bien, la acompañó hasta el fin del viaje, aunque su punto de parada estaba a medio camino. Yo llamo a esto una aventura y estoy cierto de que a mi madre le parecía la más conmovedora y memorable aventura que puede presentarse en la vida de una mujer. «Ya ves como él no había olvidado», solía decir con orgullo, como si se tratase de un cumplido de que pudiera participar todo su sexo, y en su cara ajada y tierna brillaba algo de la exaltación con que la señora Carlyle escribió esa carta.

Pero, a su parecer, hubo tiempos en que Carlyle debió hacer de su esposa una gloriosa mujer.

—¿Cuándo, por ejemplo?, decía yo.

—Cuando ella empujó la puerta de su estudio y se hizo esta reflexión: El mundo entero está lleno de su fama, y él es mi hombre.

—Y en ese mismo momento—le advertía yo—él le mandaba cerrar la puerta con un rugido.

—¡Bah—decía mi madre—los gritos de un hombre no quieren decir nada!

Pero la conclusión a que llegaba era ésta.

—Yo hubiese preferido ser más bien su madre que su mujer.

Al fin la tenemos sentada con sus Carlyles y todo se presenta a pedir de boca. Para mejor, «para estar seguros», mi padre toma el otro lado de la chimenea y se sumerge en sus cinco columnas de un discurso de Gladstone, que es su Carlyle. A él le correspondió ver que mi madre no se escape de repente a la cocina, apenas le asalte la reflexión de que todo se lo lleva el diablo allá adentro por falta de su atención, mientras que ella debe vigilar no sea cosa que él vaya a poner uno de sus pies en el fuego y lo deje allí, olvidado de todo, salvo de la elocuencia de su héroe. (Era la nuestra una familia que no se podía descuidar un momento). Ella no se interesa por lo que Mr. Gladstone tenga que decir; en realidad, nunca pudo convencerse de que la política fuera cosa que debieran tomar en serio las gentes sensatas (una categoría en que le era dificultoso admitir al hombre). Pero, al igual que la testarudez, el gusto por decir la última palabra en una discusión, la falta de humor y cosas por el estilo, la política era una inclinación del hombre que debía ser tolerada, y Gladstone era el nombre de eso que hace a nuestro sexo tan singular. Ella tenía una gran fe en él como una ayuda en la conversación y si había hombres callados en una reunión, les daba a Gladstone como asunto de conversación, tal como se reparte una torta entre niños. Y luego, con una sonrisa maternal, salía dejándolos que se atosigaran con él. Pero en la adoración por Gladstone ella admitía a todo evento algo inevitable, y no se habría preocupado de combatirla como no hubiera pretendido barrer una sombra del suelo. Gladstone era Gladstone y no había más que hacer de acuerdo con su filosofía práctica. Tampoco lo aceptaba con frialdad; como verdadera mujer, sus simpatías estaban con los que sufrían por él, y como ellos lo sabían venían a consultarla en sus horas difíciles. Me acuerdo de un convencido gladstoniano que en una elección general se vió en amargos apuros, pues siendo enemigo del Home Rule para Irlanda no veía cómo podía votar contra el «candidato de

Gladstone». Su aflicción era tan real que le daba una apariencia de condenado a muerte. Y como ella recibía cada uno de sus escrúpulos con tremendos sarcasmos, estoy por creer que él hallaba un melancólico placer en ver martirizar a un gladstoniano infiel.

—Era tan sencillo para él—ella le decía—puesto que no creía en el Home Rule, no tenía más que votar en contra de ese candidato.

La cortante lógica del argumento le arrancaba a él un gemido.

Pero le pareció otra mujer el día en que se presentó camino de la urna electoral.

—Se ha agitado la fiesta para usted, —díjole mi madre con voz cariñosa, pero sin soltar el molde en que tejía, pues con Home Rule o sin él, la media aquella debía estar terminada antes de medio día.

—Aguada, si, señor;—dijo él con convicción.

Siguió un silencio, interrumpido solamente por el clic de los alambres. Una y otra vez él había de salir con un: «vaya, me iré a votar... quién había de pensar que había de llegar el día... y tal; pero apenas se levantaba volvía a sentarse, hasta que ella se puso frente a él y le dijo persuasiva (sin sarcasmo en la voz esta vez):

—¡Andando, y a votar por el candidato de Gladstone!

El se levantó de un salto y salió sin decir palabra, y desde la ventana de la sala le vimos bajar al pueblo con paso vacilante. Yo me reí, pero mi madre dijo: «No creo que sea cosa de reírse», y luego: «¡Vaya que me habría gustado ser la madre de ese Gladstone!»

Ya son las nueve, las nueve y cuarto, las nueve y media... lo mismo me da, pues estoy atascado en una sentencia que no sale. Sé, aun sin oírlo, lo que mi hermana ha subido a decirle a mi madre:

—Estuve a llamarle a las nueve y me dijo: En cinco minutos, por lo que yo puse el asado en la parrilla, pero he ido otras tres veces desde entonces y cada vez me dice: En cinco minutos, y cuando trato de quitar el paño de la mesa, aprieta los codos contra él y gruñe. La cena va a estar buena para nada.

—¡Oh, esa manía de escribir!

—Yo nada puedo hacer, madre, anda tú y hazlo dejar la pluma.

—Nada puedo yo con él—dice mi madre,—pero se levanta sonriendo y un momento después abre mi puerta.

—¡Cinco minutos más!, grito, pero al ver que es ella me levanto y pongo mi brazo en torno a su cintura.

—¡Llenaste el canasto! exclama al ver lleno el canasto de los papeles en el que yace la mayor parte de mi obra de la noche, y con un movimiento que me toca el corazón toma una página despedazada y la besa: «¡Pobrecita!, le dice, y tanto como te habría gustado verte en letras de molde, y con esto extiende la mano sobre la mesa para no dejarme escribir más.

—Muchas veces, replico, uno puede hacer más en los últimos cinco minutos que en la primera hora.

—Con frecuencia pensaba yo eso mismo en mis buenos tiempos, dice ella con voz baja.

—¡Y diste prueba de ello, a fe mía!, grita una voz desde la puerta, la voz de alguien que la tenía en más aun que yo mismo.

—Pero esos tiempos son ya idos,—dice con voz grave—idos para no volver. Ahora deja tu trabajo, muchacho, y toma tu comida, y luego vendrás a sentarte al lado de tu madre por un rato, que muy pronto tendrás que ir a dejarme en el cementerio de la iglesia.

Subo, pues, junto con mi madre la escalera. «Hemos cambiado papeles, dice ella— así era como yo te llevaba antes y ahora yo soy la criatura.

Toma otra vez el Nuevo Testamento, que está siempre al alcance de su mano. Es el recuerdo que me dejó a su muerte, como otros reciben un mechón de pelo. Y cuando ha leído por largo tiempo, me lanza «una ojeada», como decimos en el Norte, y comprendiendo lo que desea, yo salgo y la dejo a solas con Dios. A la muerte de su madre era apenas una niña, y por esto se acostumbra a rezar sus oraciones sin alma nacida por testigo. Una y otra vez la he encontrado de rodillas, y siempre salí en puntillas, cerrando la puerta tras de mí. Nunca la oí rezar, pero sé muy bien cómo rezaba, y que tras la puerta cerrada no había la diferencia de un solo día a los ojos de Dios entre la mujer anciana y la pequeñuela.

## Carta abierta

El Chipotón, Nicaragua, C. A.,  
octubre 12 de 1928.

Señor Director de  
*Diario de Occidente*

Santa Ana, El Salvador.

Respetable señor:

En el número correspondiente al 10 de septiembre último del diario que usted dirige, he leído en la Sección «Comidilla diaria» «Lo que se sabe y lo que somos», a cargo de *Reportero*, una alusión calumniosa al señor Froylán Turcios, Representante General en el Exterior del Ejército Defensor de la Soberanía Nacional de Nicaragua, cuyo Jefe tengo el honor de ser.

Para hacer la aseveración injuriosa a nuestro Honorable Representante se muestra escéptico el articulista en cuanto a la existencia de la lucha que sostiene nuestro ejército y cita, para darle fundamento a su escepticismo, párrafos de una carta de Rodrigo de Cáceres, joven mexicano que dice haber querido «meterse de rondón por las Segovias», no habiéndolo podido lograr por haber sido detenido y al escaparse e internarse a Honduras, llegado que fué a Tegucigalpa, se informó de que todo lo que se refiere a nuestra guerra antiimperialista es pura *literatura*.

A ninguna persona que no éste en la región de la Nueva Segovia, le parecerá verdad que el anillo de hierro con que han pretendido rodearnos los invasores yanquis es fácilmente salvable por hombres enérgicos, y demostración de que ese anillo no pasa de ser uno de los fracasos de la estrategia de los piratas, es que nuestros correos no han sufrido la menor interrupción desde que iniciamos la lucha.

Rodrigo de Cáceres debe ser un agente del imperialismo yanqui porque si fuera cierto que los filibusteros me tienen absolutamente controlado—ya que no llega a la audacia de decir que ni siquiera existo—eso sería motivo, en un verdadero luchador, para acercarse a mí (contra todas las dificultades) y prestarme su cooperación.

Solamente a esa condición crearíamos en el antiimperialismo de Rodrigo de Cáceres.

Como la carta de Rodrigo de Cáceres ha dado ocasión para que uno de los colaboradores de usted dude de la honradez de nuestro Representante, señor Turcios, uno de los hombres de mayor pureza moral de que se pueda enorgullecer nuestra América, tengo el honor de manifestarle que ni la menor cantidad que por tan digno medio nos han enviado los autonomistas del Continente, ha dejado de llegar a mis manos, acusando yo los correspondientes recibos.

Quedo de Ud., con toda consideración Atto.  
S. S.

PATRIA Y LIBERTAD

Augusto C. Sandino

## José M. Eguren: Sus mejores poesías

4.—Véanse las entregas 8, 9 y 11 del tomo en curso

=Tomadas, y corregidas, del *Boletín Bibliográfico* de la Biblioteca de la Universidad Mayor de San Marcos. Lima. Entrega correspondiente a diciembre de 1924=

=De *Sombra*, libro inédito=

### El cuarto cerrado

Mis ojos han visto  
el cuarto cerrado;  
cual inmóviles labios su puerta...  
¡está silenciado!...  
Su oblonga ventana como un ojo abierto,  
vidrioso me mira,  
como un ojo triste,  
con mirada que nunca retira,  
como un ojo muerto.  
Por la grieta salen  
las emanaciones  
frías y morbosas;  
¡ay, las humedades como pesarasas  
fluyen a la acera:  
como si de lágrimas,  
el cuarto cerrado un pozo tuviera!  
Los hechos fatales  
nos oculta en su frío reposo...  
¡Cuarto enmudecido!  
¡cuarto tenebroso!  
con sus penas habrá atardecido  
cuántas juventudes!  
¡oh, cuántas bellezas habrá despedido!  
¡cuántas agonías!  
¡cuántos ataúdes!  
Su camino siguieron los años,  
los días;  
galantes engaños  
y placenterías...  
en el cuarto fatal, aterido,  
todo ha terminado;  
hoy sus sombras el ánima oprimen;  
¡y está como un crimen  
el cuarto cerrado!

### El dolor de la noche

Cuando tiembla la noche tardía  
en los arenales y los campos negros,  
se oyen voces dolientes, lejanas  
detrás de los cerros.  
¡Es el canto del bosque perdido,  
con la gama antigua de silvestres notas,  
o el gemir del turbión ignorado,  
por vegas y sombras!;  
o el distante clamor de las fieras  
que en las pampas brumas  
y en las lomas y campos eriales  
envían al hombre sus iras nocturnas!  
¡El coro que sube remoto a los cielos,  
será de la muerte la roja palabra,  
o el clamor de ciudad brilladora  
que se hunde, se apaga!;  
¡el rondó que triste  
las pendientes dormidas circunda:  
el grito del odio será de los montes,  
será de las tumbas!  
Cuando se obscurecen las brumas erguidas,  
en los arenales y los campos negros,  
¡cómo suena el dolor de la noche  
detrás de los cerros!

### La muerte de marfil

Contemplé, en la mañana,  
la tumba de una niña;  
en el sauce lloroso gemía tramontana,  
desolando la amena, brilladora campiña.  
Desde el túmulo frío, de verdes oquedades,  
volaba el pensamiento  
hacia la núbil áurea, bella de otras edades,  
ceñida de contento.  
Al ver obscuras flores  
libélulas moradas, junto a la losa abierta,  
pensé en el jardín claro, en el jardín de amores,  
de la beldad despierta.  
Como sombría nube, al ver la tumba rara,

de un fluvión mortecino en la arena y el hielo  
pensé en la rubia aurora de juventud que amara,  
la niña, flor de cielo.  
Por el lloroso sauce, liliál música de ella,  
modula el aura sola en el panteón de olvido:  
murió canora y bella;  
y están sus restos blancos como el marfil pulido!

### La ronda de espadas

Por las avenidas,  
de miedo cercadas,  
brilla en noche de azules oscuros,  
la ronda de espadas.

Duermen los postigos,  
las viejas aldabas;  
y se escuchan borrosas de canes  
las músicas bravas.

Ya los extramuros  
y las arruinadas  
callejuelas, vibrante ha pasado  
la ronda de espadas.

Y en los cafetines  
que el humo amortaja,  
al sentirla el tahir de la noche,  
cierra la baraja.

Por las avenidas  
morunas, talladas,  
viene lenta, sonora, creciente  
la ronda de espadas.

Tras las celosías,  
esperan las damas,  
paladines que traigan de amores  
las puntas de llamas.

Bajo los balcones  
do están encantadas,  
se detiene con súbito ruido,  
la ronda de espadas.

Tristísima noche  
de nubes extrañas:  
¡ay, de acero las hojas lucientes  
se tornan guadañas!

¡Tristísima noche  
de las encantadas!

### La Pensativa

En los jardines otoñales,  
bajo palmeras virginales,  
miré pasar, muda y esquiva  
la Pensativa.  
La ví en azul de la mañana,  
con su mirada tan lejana;  
que en el misterio se perdía,  
de la borrosa celestía.  
La ví en rosados barandales  
donde lucía sus briales;  
y su faz bella vespertina  
era un pesar en la neblina...  
Luego marchaba silenciosa  
a la penumbra candorosa;  
y un triste orgullo la encendía  
¿qué pensaría?  
¡Oh, su semblante nacarado  
con la inocencia y el pecado!  
¡oh, sus miradas peregrinas  
de las llanuras mortecinas!  
Era beldad hechizadora;

era el dolor que nunca llora;  
¿sin la virtud y la ironía  
qué sentiría?  
En la serena madrugada,  
la ví volver apesarada,  
rumbo al poniente, muda, esquiva  
¡la Pensativa!

### Noche III

¡Negra noche sin luceros,  
parda noche de los fríos aguaceros!  
en que llora la veleta,  
de pavores con la gama;  
y en la fría plazoleta,  
hay un monje que me llama:  
hay un monje que me llama aletargado  
a la bruna esquina junto;  
hay un monje amoratado  
cual difunto.  
Allí está, con muda ira  
panteonera;  
y me mira  
con la pálida expresión de calavera.  
Allí está ¡cuán tenebroso!  
con el hielo y el horror de su figura:  
me señala langoroso  
con inmóvil risa obscura;  
lenta, flava sombra vierte  
¡raro monje de la muerte!  
que a mis horas ha venido.  
Muda está mi fantasía,  
y en la extraña noche fría,  
las profundas bocacalles se han dormido;  
solo estoy, en compañía  
del letal aparecido.  
La llamada sólo vibra, cadenciosa;  
de rumores contenidos está llena  
esta noche tenebrosa  
de la tumba y de la pena;  
esta noche como lívido sudario,  
en que ríe, de la muerte el solitario.  
No despunta, retardada,  
peregrina la vidente luz de amores,  
y en el monte de negrura y de livores  
está muerta mi alborada.  
Llora, llora la veleta  
con las lluvias, en concierto:  
y se dobla en la dormida plazoleta,  
el llamar del monje muerto!

### La abadía

En el fondo del convento,  
lloran, lloran los maitines,  
con profundo sentimiento.  
Son los monjes paladines  
que olvidaron sus amores  
y las justas y festines.  
Palaciegos, trovadores  
fueron, todos han sentido  
el mayor de los dolores.  
Y en el templo del olvido,  
hondo rezan a porfía  
con un llanto contenido.  
Y alzan treno de agonía:  
un adiós de muertas glorias,  
por la noche, en la abadía.  
Dan sus cálidas historias,  
con amargo juramento  
a las nieblas transitorias.  
Dan su triunfo y su contento  
a los santos paladines:  
así lloran los maitines  
los difuntos del convento.

### El andarín de la noche

(Corregido)

El oscuro andarín de la noche,  
detiene el paso junto a la torre,  
y al centinela  
le anuncia roja, cercana guerra.

Le dice al viejo de la cabaña  
que hay batidores en la sabana;

sordas linternas  
en los juncales y obscuras sendas.

A las ciudades capitolinas  
va el pregonero de la desdicha;  
y, en la tiniebla  
del extramuro, tardo se aleja.

En la batalla cayó la torre;  
siguieron ruinas, desolaciones;  
canes sombríos  
buscan los muertos en los caminos.

Suenan los bombos y las trompetas  
y las picotas y las cadenas;  
y nadie ha visto, por el confin;  
nadie recuerda  
al andarín.

Lied VI

Cavas panteonero  
tumba de dolor.  
—Murió en la mañana  
la virgen Sol.  
—Cavas panteonero  
en mi corazón;  
que la niña muerta  
es mi amor.  
—Hora guadaño  
sin són, sin són;  
para que le digas:  
adiós.  
—Cava panteonero  
tumba para dos;  
que llega mi noche,  
sin la virgen Sol.

El extranjero

=De La Vida Literaria, Buenos Aires=

Quis meus proximus?  
Luc. X. 29.

LA noción del extranjero pernicioso es la vieja suspicacia de la tribu. Adelantando un poco más el hombre de las civilizaciones griega y romana no decía extranjero sino «bárbaro». Si el cristianismo hubiera sido un éxito completo y no parcial, en la imposición de sus ideas, si la parábola del buen samaritano y de la samaritana, conservarían todavía el sentido que le atribuye el intelectual de los evangelistas, la palabra extranjero sería menos acerba de lo que ha venido a ser en este lamentable momento de la historia universal.

Poniendo en contacto unas con otras las diversas razas europeas, o a éstas con las asiáticas, las guerras posteriores por afianzamiento del cristianismo como poder temporal tuvieron hasta 1914 el feliz resultado de suavizar los contornos espirituales y hacer más fáciles las relaciones de unos pueblos con otros, morigerando las asperezas del agudo concepto de nacionalidad. Pero la última guerra mundial, el crimen colectivo de mayor trascendencia que haya cometido la especie humana, ha dejado una estela de odios, de suspicacias, de sombrías prevenciones que no se borran ni con el paso de los tumbos originados por el hambre circunscripta ni por la miseria universal.

El hombre del día, en presencia de sus semejantes, nacidos más allá de ciertas fronteras, es más bárbaro que los enemigos de Roma y de patriotismo más estrecho que los dominadores del mundo en tiempo de Julio César. A la palabra extranjero se le adscriben hoy complacientemente todo gé-

nero de significados deprimentes. Y como si ella no bastara, se buscan en las lenguas antiguas calificativos de significación más hiriente para reemplazarla. En la Gran Bretaña y en los Estados Unidos saxoamericanos se dice *alien*, con palabra latina, pronunciada a la inglesa, para exacerbar el concepto que la palabra *foreigner* apenas señalaba discretamente. Y no contentos con haber encontrado nuevo término mortificante, le han añadido a la palabra *native*, inocua de por sí y de significado aplicable a todas las naciones, un matiz despectivo, que la hace inadecuada para los súbditos británicos. El nacido en Francia es para los ingleses natural de Francia, y el habitante de Australia o de Jamaica, es *natural* de esas regiones, pero no es un inglés, aunque se le considere legalmente como súbdito británico. Los ingleses no son *native*, ni *extranjeros* por un mandamiento especial de la necesidad humana.

Refería una vez el señor Diosy, súbdito de su majestad británica y caso maravilloso de políglotismo (habla sin acento y con gran desembarazo catorce lenguas europeas y asiáticas), que estando de cónsul en Osaka llegó allí por acaso un compatriota suyo, deseoso de conocer la extensa ciudad japonesa y sus alrededores. Llevaba excelentes cartas de presentación y el cónsul, deseoso de complacerle, alquiló un jinrikisha para pasearlo en todas direcciones. Después de algunas horas de excursión, tomaron la vuelta hacia el centro de la ciudad, cuando el globtrotter divisó a cierta distancia un

grande edificio de aspecto imponente, y quiso enterarse del objeto a que estaba destinado.

—Quisiera acercarme para visitarlo, dijo, cuando su acompañante le hubo informado que se trataba del arsenal.

—Solamente, dijo el cónsul británico, que a nosotros no nos es permitido pasar por las cercanías de este edificio, especialmente a usted, que va provisto de una máquina fotográfica.

El inglés puso la cara de quien no comprende y quiso saber la causa de esa prohibición.

—Nosotros somos extranjeros, explicó Diosy, que tenía sangre de magyar.

—¿Yo extranjero?— interpuso interrogativamente el viajero, y añadió serenamente, lleno de convicción:

—Yo no soy extranjero, yo soy inglés.

En este pequeño planeta el inglés no se cree extranjero en ninguna parte, a lo cual el mundo contesta considerando a los ingleses como el tipo más característico del extranjero.

La anécdota anterior, acaso tan verdadera hoy como el día en que fué relatada por vez primera, señala un estado de espíritu nacional inconfundible.

De esta manera se interpreta en un mundo cristiano, a los mil ochocientos años de haber sido relatada por los evangelistas, y después de muchos siglos de explicaciones y comentarios fervientes, la parábola del buen samaritano.

B. SanIn Cano

Aprismo

UN grupo de jóvenes nos hemos conocido y nos hemos unido al escuchar la voz sincera y fuerte de Haya de la Torre.

Para mí ha sido como una revelación de nuestras fuerzas, una llamada a mí misma; me he sentido reconfortada y entusiasta.

Nos ignorábamos, cada uno por su lado, y como un claro amanecer nos ha iluminado con su presencia, que es ejemplo vivo de juventud; nos hemos visto las caras, nos hemos estrechado las manos y nuestro entusiasmo y alegría han sido uno para ponernos a trabajar al servicio de nuestra América.

Su palabra clara y luminosa no se pierde. Resuena. Las montañas y los mares de México a la Argentina recogen el eco potente de su voz, que ha sido un bello despertar para la juventud.

Él es el amigo de los jóvenes, quiere que seamos alegres, fuertes y sanos; nos ha llamado a entrar en ese gran desfile que ha de ser triunfal, y todos, sin vacilar, vigorizamos las filas del Apra, que tiene como líder a Haya de la Torre, que vive sus doctrinas, no desde un cómodo escritorio puliendo artículos y ganando celebridad, sino como un obrero, trabajando diariamente, viajando para conocer mejor su campo de acción, luchando todos los días. Nos ha inspirado fe y entusiasmo porque su mensaje es de acción y de trabajo, no de páginas más o menos líricas que hablan a una juventud inventada.

Haya de la Torre es un obrero, un incansable trabajador; de nuevo la historia de Caupolicán se torna realidad cuando este joven vigoroso y valiente ha estremecido el corazón de las juventudes de América para levantarnos impetuosamente a la reconstrucción de la patria de Bolívar.

Haya de la Torre: Su palabra no se pierde, nuestro entusiasmo y nuestra alegría serán tierra generosa y fecunda que romperá, sino en un bosque floreciente y majestuoso, en un vasto campo de tallos nuevos y hojas verdes que al agitarse anuncian la nueva generación.

Luisa González

San José, Costa Rica.

QUIEN HABLA DE LA

**Cervecería TRAUBE**

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga experiencia la coloca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA:

CERVEZAS  
Estrella, Lager, Selecta,  
Doble,  
Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS  
Kola, Zarza, Limonada,  
Naranja, Ginger-Ale,  
Crema, Granadina, Kola,  
Chan, Fresa, Durazno  
y Pera.

SIROPES  
Goma, Limón, Naranja,  
Durazno, Menta,  
Frambuesa, etc.

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

**SAN JOSE — COSTA RICA.**

## El trágico crescendo de la sinfonía de una gran vida

(Los últimos días de Tolstoy, expuestos de manera lastimosa en el diario de su médico personal)

A propósito del libro *The Tragedy of Tolstoy*, por ARPÁD PÁSZTOR.

ESTE delgado volumen publicado en lengua húngara, fue la sensación literaria de la celebración del centenario de Tolstoy, en el mes de setiembre. El doctor Dusan Makovicky, médico de Tolstoy durante seis años, se suicidó poco después de la guerra, y su familia entregó su diario a Arpád Pásztor, autor húngaro, y amigo del doctor. En este libro se mencionan numerosos eventos de la vida de Tolstoy, a los que nadie se había referido antes. En los últimos y más trágicos días de la vida de Tolstoy, el doctor Makovicky fue el único que cuidó al gigante en su agonía.

Estos últimos días están descritos con intensa realidad en el diario de Makovicky. Tolstoy, el jefe de un amplio movimiento mundial religioso, se acercaba rápidamente al cumplimiento de una promesa que no había buscado. El había abjurado de la literatura para establecer una vida ideal en la tierra. La vida armoniosa era el bien supremo y la literatura era pura vanidad. ¿Vivió Tolstoy una vida tolstoiana y en comunión espiritual con sus propios ideales?

Antes de dar la respuesta del doctor Makovicky, no debemos dejar de mencionar que vivía enamorado, fanáticamente, de su *maestro*; que no adoraba sino a un hombre, y en este sentido no fue un verdadero tolstoiano.

En la casa de Tolstoy luchaban, uno contra el otro, dos sentimientos: los discípulos, bajo el mando de Cherkov; y la esposa del maestro, Sofía Alexandreyevna. Los primeros eran los idealistas, y la segunda, los realistas.

Cherkov y los discípulos querían hacer de los escritos del apóstol, el tesoro de la humanidad. La majestad de los escritos viejos serviría para propagar su religión. Los nuevos, y especialmente los diarios, no llegarían a ser propiedad de nadie. La hija mayor de Tolstoy, Alexandra Lvova, compartía la opinión de los discípulos.

Sofía Alexandreyevna, por otra parte, pedía que los diarios le fueran entregados a ella para asegurar la subsistencia de la familia, a la muerte de Tolstoy. Todo, hasta la catástrofe final de Yasnaya Poliana, estaba relacionado con los diarios, de los que había varios—uno grande, otro pequeño y otro confidencial.

Las fuerzas que vagaban al rededor de Sofía Alexandreyevna, presentaban una simple proposición: ¿Era la intención de Tolstoy hacerles perecer de hambre por un principio abstracto? ¿No era su primer deber preocuparse por su familia?

El 14 de julio de 1910, escribía el doctor Makovicky en su diario:

«Esta noche, después de que todos se habían retirado, Sofía Alexandreyevna fue donde Tolstoy y le suplicó: «Querido Lvovocka, por favor dadme algo escrito, una especie de contrato de que no darás estos diarios a Cherkov».

No cesaba de suplicarle. Una de las entradas más interesantes del diario del doctor Makovicky es la que cuenta una visita nocturna de Tolstoy a Sofía. Ella volvió a pedir los diarios, pero Tolstoy volvió a rehusar. Sofía salió corriendo hacia el bosque. El doctor corrió tras ella, y la encontró tirada en la hierba húmeda. Quería coger un resfriado y morir. Su esposo tenía que darle excusas antes de que ella pudiera levantarse de ahí. Dos hombres no la habrían podido arrastrar a su casa. Tolstoy, que ya tenía más de ochenta años, tuvo que salir medio vestido al bosque húmedo a dar excusas a su esposa.

En otra ocasión, en que Tolstoy estaba listo para salir a caballo, su esposa se reclinó en la ventana, y gritó: «¡Auxilio! Me han envenenado con opio!» El anciano se



Tolstoy

yendo hacia el convento  
Optina - Poustine

volvió corriendo, pálido y temblando, y la encontró riendo histéricamente en el sofá. Después de este accidente, Tolstoy estuvo enfermo durante tres días.

Después que cayó la primera nevada, el doctor Makovicky oyó a Tolstoy decir a su esposa: «Estaba patinando y sentí un gran deseo de atravesármelo al tren, que se acercaba en ese momento».

«¿Y por qué no lo hiciste?», preguntó su esposa.

«Porque el portón estaba cerrado».

El apóstol de la religión de la vida armoniosa, estaba pensando seriamente en suicidarse. Estaba hostigado por dos perspectivas en su vida. ¿Qué iba a hacer? ¿A quién debía amar más, a su familia o a la humanidad? En vez de la vida ideal, era el infierno lo que reinaba en Yasnaya Poliana. Los principios tolstoianos iban a arruinar su universo.

Según su médico, el pensamiento que perseguía a Tolstoy, era la locura de su esposa. Hizo que la vieran los mejores alienistas. Él mismo la analizó, ya desapasionadamente, ya con amor. Este no era el amor del esposo por la esposa, sino el del autor por su tema, Sofía Alexandreyevna tenía la obsesión de los diarios. ¡Los diarios...! Los diarios... gritaba. Valdrán miles de rublos. No era sólo la perspectiva de un desahogo financiero lo que la empujaba al paroxismo, sino también la vergüenza anticipada de la derrota; su naturaleza altiva no podía tolerar que Cherkov ganara la partida. La paz discurría serenamente en Yasnaya Poliana hasta que no se presentó aquel hombre con su locura extrema por Tolstoy, haciendo de él el hazmerreír del mundo. ¡Sí, un apóstol! ¿Era el Conde Leo Nicolayevich Tolstoy un apóstol con hordas de sirvientes, como enjambres, en su derredor? ¿Para qué servía su chaqueta de campesino, si cubría una camisa de seda? ¿Qué objeto tenían sus botas

raídas, de mujik, si descansaban cómodamente en el enrejado de bronce de su estufa? Sofía Alexandreyevna no estaba tan loca como para no ver la inconsistencia de la realidad y de los sueños de Tolstoy.

Tolstoy sufría de otra obsesión, pero él no lo sabía. Su médico vió la gran incompatibilidad de la vida del amo. Con fecha 5 de junio de 1910, encontramos la siguiente entrada en el diario del doctor Makovicky.

«Leo Nikolayevich me hizo hoy la confidencia de que su deseo más ferviente era el de escribir la última, gran novela de su vida. Su tema sería el afecto de un hombre por una mujer desequilibrada mentalmente. Me dijo que sería trabajo tremendo, el de analizar el estado mental de tal hombre».

Este pensamiento era la obsesión de Tolstoy. ¿Qué objeto tenía su prédica de la vanidad de la literatura cuando él estaba observando su propio sufrimiento y el de su esposa para explotarlos escribiendo su última gran novela? La «vanidad» del artista, que él despreciaba, no le abandonó hasta su muerte. Estaba especulando con su propia inmoralidad, como todos los que le rodeaban. Nos dice el doctor Makovicky, que diez personas de la casa de Yasnaya Poliana estaban escribiendo diarios y que recogían cuidadosamente las palabras del apóstol.

A distancia se oía el trágico crescendo de la sinfonía de una gran vida. Tácitas ambiciones se ocultaban en el anciano, que ya contaba 82 años. Estaba preparándose para la gran aventura de su vida—la escapada de Yasnaya Poliana. ¿Quería huir de la muerte, que lo había estado persiguiendo tenazmente? ¿Quería huir de su noble ego, que le impedía, en Yasnaya Poliana, vivir su propia vida? ¿O fué la tiranía de Sofía Alexandreyevna lo que determinó su huida? A menudo le decía al doctor Makovicky que no podía soportarla.

La noche del 28 de octubre de 1910, Tolstoy despertó al doctor Makovicky para comunicarle su decisión de huir, y le pidió que lo acompañara. El Dr. consistió gustoso. Ahora que su diario se ha publicado, sabemos la historia auténtica de los últimos días de Tolstoy.

El mismo Leo Nikolayevich fue a los establos a alistar los caballos. Tropezando en la oscuridad perdió su gorra, y necesitó un largo rato para encontrarla; mientras la buscaba era presa de un miedo mortal, porque su esposa fuera a descubrirlo. Ya era la madrugada cuando llegaron a la estación más cercana. Tolstoy se empeñó en viajar en tercera clase. La masa de humanidad, apiñada en las bancas del único carro de tercera del tren de carga, despedía un olor desagradable, y maltrataba el oído con una confusión de voces chillantes. Los pasajeros reconocieron a Tolstoy y quisieron oírlo. Les habló en voz alta, y durante un largo tiempo, y se dejó arrastrar a un debate con un ingeniero y una joven estudiante. Su médico cree que la fatiga debida a este ejercicio puede haber contribuido a causarle la muerte, unos pocos días más tarde.

En su simplicidad, Tolstoy pensó que podía ocultarse del mundo. Mientras erraba de convento en convento en busca de un lugar donde poder permanecer ignorado, los periódicos publicaban sensacionales detalles de la huida de este moderno Rey Lear. Cuando viajaba le atacó una pulmonía y tuvieron que sacarlo del tren y llevarlo a la casa del jefe de la estación de Astopovo.

Nos dice el doctor Makovicky que Tolstoy retuvo su poder de observación y su facultad creadora hasta el último día. Se mantenía sumergido en la gloria de su «vanidad», preparando material para su gran novela. Le tenía miedo a Sofía Alexan-

(Pasa a la página 346)



## Miguel de Unamuno

=De La Prensa. Buenos Aires=



Caricatura de Bagaria.

EN otra parte he contado la visita hecha a Miguel de Unamuno por el poeta Félix Vargas; en ese relato me he limitado a lo puro y estrictamente estético. Deseo ahora añadir por mi cuenta algunas particularidades de actualidad. Miguel de Unamuno vive desterrado en Hendaya; vivió en París una breve temporada; desde 1925 se encuentra en Hendaya. Durante los veranos le acompaña su familia; viven todos en un hotelito que se haya en el campo; durante el invierno —de regreso su familia a Salamanca—Unamuno vive en una fonda de la población. En París no podía vivir Unamuno; los que le conocemos nos extrañábamos de que permaneciera en la capital de Francia tanto tiempo. Hubiera podido vivir Unamuno en Port-Royal, en compañía de aquellos grandes señores, en el siglo xvii; era manifiesta discordancia, en Unamuno, el vivir en la vorágine de París. Ni su genio, su modalidad psicológica, ni su atavismo permitían a Unamuno la estancia en París. Todo discordaba en torno suyo. Y había otra cosa que agravaba su situación anímica: se hallaba en París incierto de la situación de España; su situación, su presente, la duración de su destierro dependían de lo que aconteciera en España; se hallaba por tanto, Unamuno en París, en una situación transitoria, de inestabilidad. Podía prolongarse años su destierro o podía terminar de un día a otro. Esta perplejidad—en un medio social y psicológico inadecuado—hacía que Unamuno no contara con el reposo, el definitivo y sólido reposo necesario para la obra creadora. No tenía nada dispuesto para emprender una obra de importancia; sintiéndose inseguro en París, no podía nunca, en ningún momento, decidirse a preparar sus cosas, a tomar sus medidas, a arreglarlo todo—como disponemos los libros y los papeles sobre la mesa—con ánimos de comenzar a trabajar de firme. Ni el espíritu ni las cosas materiales le invitaban en París al trabajo a Unamuno. Y decidió venir a Hendaya. En Hendaya no pisaba tierra española, pero vivía en su propia y natural tierra; es decir, en tierra vasca. Podía ver, desde Hendaya, la costa española, la montaña española, las casas españolas, los árboles españoles; acaso esta visión fuera un suplicio de Tántalo—para su alma fina, ardiente y delicada—; pero en Hendaya sabía a qué atenerse; la misma vista de la tentadora perspectiva de España era una consolación grata; podía—y esto era lo más importante—dar una forma definitiva, sólida, a sus cosas, con designios de trabajo, puesto que, de cesar el destierro inopinadamente, gentes de su familia estarían a su lado en pocas horas y todos los libros, papeles, efectos y cachivaches podrían ser trasladados fácilmente de Hendaya a Salamanca. Es decir, que viviendo en Hendaya, en la frontera, en breve espacio de tiempo, con limitada solución de continuidad, podría seguir trabajando en Salamanca—dispuestos los papeles en el mismo orden sobre la mesa—del propio modo que trabajaba en Hendaya.

Cuando se llega a la estación de Hendaya, un coche o un taxímetro puede llevarnos a la casita en que vive Unamuno; también se puede ir a pie; el trayecto es corto. Se va ascendiendo por el camino en cuesta de la estación; se llega a lo alto, junto al segundo

de los puentes que atraviesan la vía férrea; se tuerce a la derecha y tras un breve paseo se llega frente a la Gendarmería. Una casita blanca, con maderos pardos, alberga a Unamuno y su familia. A lo lejos se columbra una colina verde, con otras casitas blancas. La casa se halla junto a una fábrica de tobas huecas; puede ver el lector, en una de las fotografías, un montón de esas tobas o ladrillos junto a la nítida pared de la casita de Unamuno. En el muro blanco de la casa se lee el nombre de un maestro de obras o aparejador; no está mal ese anuncio en la mansión de quien es, ha sido y será tan formidable y maravilloso constructor. Una escalerita exterior conduce al piso principal de la casa, que es el ocupado por Unamuno. La escalera está tapizada por los pámpanos tupidos, frescos, de una parra. Miguel de Unamuno lleva una vida de intenso trabajo; va a cumplir, en este mes de septiembre, precisamente el día de San Miguel, el 29, 64 años. Pero se diría que es un mozo lozano, fuerte, aguerrido y animoso. No conoce la fatiga; a sus amigos y compañeros de paseos vespertinos los tiene atemorizados. Ha sembrado el terror en las huestes de la amistad. Les invita al paseo y les lleva seis, siete, ocho kilómetros andando, sin parar, rápidamente. Un paseo a parajes que se hallan a siete kilómetros de Hendaya—como el caserío de Biriatu, a donde suelen ir con frecuencia—; un paseo a siete kilómetros de distancia, supone otros siete de retorno, y son los kilómetros catorce en resumen de cuentas; catorce kilómetros de paseo rápido, afanoso. Durante todo él, Unamuno no cesa de hablar. La historia, la filosofía, la etnografía, la estética, la política: todo pasa en el largo monólogo de un modo original, pintoresco, profundo. Unamuno es un maravilloso conversador. ¿Conversador? Monolguista; pasear una hora con Unamuno es leer un interesantísimo volumen. «Un libro nuevo cada día», pedía Baltasar Gracián. ¡Que no viviera ahora! Con pasear todas las tardes con Unamuno tendría a poca costa ese libro diario. ¡Y qué bien dormiría por la noche,

después de los rápidos, vertiginosos catorce kilómetros! La faz de Unamuno es roja, llena de vivo carmín; la barba, corta, blanca de nieve. Viste Unamuno sencillamente; no usa corbata; la camisa es blanda; la lleva siempre con el cuello abierto. Sombrero no gasta nunca tampoco. Se apoya en un bastón de cayado. He dicho se apoya, y rectifico. No sé para qué le sirve el bastón a Unamuno; lo lleva colgado al brazo y no lo apoya sino raras veces en el suelo. A primera hora de la mañana, ya está trabajando el maestro; toda la mañana la dedica al trabajo; después de comer, va un rato a un café que se halla en la plaza del pueblecito; allí conversa con los amigos. Recibe muchas visitas Unamuno; no hay persona de viso que cruce la frontera —camino de España, camino de Francia—que no se detenga a saludar al gran escritor. Corresponsales de grandes periódicos de Europa, literatos, pintores, catedráticos, políticos, gentes de todas las clases sociales, de todas las categorías, estrechan cordialmente la mano de Unamuno. Prepara el teatro tiene tres o cuatro obras nuevas: *El otro*, *El hermano Juan*, *Tulio Montalbán*, y *Julio Macedo*. Todas son obras fuertes, originales, profundas. Leyendo—o viendo representar—el teatro de Unamuno, se siente uno en otro mundo distinto, con otra luz, con otras perspectivas que en el mundillo enteco y ficticio de la literatura dramática actual. «Como usted ve—me ha dicho Unamuno, después de leerme su magnífico drama *El hermano Juan* y después de hablarme de otras obras dramáticas—; como usted ve, es el problema de la personalidad lo que se debate en el fondo de todas». Sí; el problema de la personalidad, como en Pirandello, pero de distinto modo que el autor italiano. El problema de la personalidad con una perspectiva trágica, densa, de tiempo y de eternidad—dos temas fundamentales en Unamuno—que no encontramos en Pirandello. Aparte de estos dramas, va a publicar en breve Unamuno un libro de poesías. Se titula *En la frontera; diario de un doble despatriado*. Y son poesías en que, principalmente, se evocan visiones españolas; poesías breves, intensas, en que surgen, por ejemplo, con un hábito de idealidad, la imagen de Zamora, o la de Salamanca, o la del campo de Castilla, o la del Duero, río severo, histórico.

Se suele preguntar a menudo—se lo pregunta a Unamuno la mayoría de sus visitantes—por qué el gran escritor no vuelve a España. Expondré aquí, en dos palabras, su respuesta para que todo el mundo quede enterado; Unamuno no quiere volver a España hasta que no desaparezca la dictadura. Si volviera antes, se encontraría en la siguiente alternativa: se le perseguiría—y por lo tanto se le volvería a desterrar—a causa de las manifestaciones que tendría, en conciencia, que hacer; o bien se permitiría que hiciera tales manifestaciones, es decir, que hablase libremente. Y eso no lo puede aceptar Unamuno; no puede aceptar un régimen de excepción para él, en tanto que a los demás se les tendría sometidos a la censura. La cuestión de la cátedra y de la rectoría, se tendrá resuelta con la cesación de la dictadura. Para Europa entera, Unamuno

continúa siendo «el rector de Salamanca»; siempre que en el extranjero se cita a Unamuno, se suele añadir a su nombre ese título de rector de Salamanca. A Unamuno se le devolverá su cátedra en Salamanca. Su cátedra y su rectoría. Es de suponer—todo el mundo lo cree en España—que el primer hecho que se produzca al poner el pie Unamuno en tierra española será la dimisión del actual rector de la Universidad salmanticense; ese gesto de caballerosidad y delicadeza del actual rector facilitará, en plena concordia, la tarea de la reposición de Unamuno. Y en cuanto a la actitud de Unamuno a su regreso a España, la opinión obligará al escritor insigne a una actuación política, perseverante, activa, incansable; amargo es el destierro; pero no será cosa fácil el período de actividad que al destierro sucede.

He de terminar este artículo con una nota curiosa. Unamuno, después de una tarde de charla—¡ah, yo no he podido caminar catorce kilómetros!—, me acompaña a la estación del tranvía eléctrico. «Santiago Alba—me dice—no ha querido entrar nunca en esta estación, porque dice que hay en ella una taquilla española.» Sabe el lector que

don Santiago Alba está expatriado en Francia, en París, desde el mismo día del golpe de Estado, o sea, desde el 13 de septiembre de 1923. Alba no quiere pisar tierra española hasta que la dictadura no desaparezca. Y lleva su rigor, su escrupulosidad, hasta el extremo de, estando en la estación de Hendaya, acompañando a amigos, no querer penetrar en esta estación donde, en efecto, existe una taquilla donde se toman los billetes para España, pagándolos en moneda española. Unamuno me dice después: «Yo he estado en España». ¡Cómo! ¿Ha estado Unamuno en España? ¿Y no lo ha sabido nadie? Ha estado y no ha estado. El misterio tiene su explicación. En un determinado punto de la frontera existen unas cavernas. El subterráneo se aleja y penetra en tierra española. Y Unamuno, sin salir de Francia, sin quebrantar su destierro, ha pisado tierra—subterránea—española.

Deseemos que a plena luz, por la superfluidad, en la sobrehaz de la amada tierra española, pueda el gran escritor, figura preeminente en Europa, gloria de España y de todo el viejo continente, penetrar en la patria.

A z o r / n

Hendaya, 1928.

## Comentarios de *El Tiempo* de Bogotá a las elecciones de Nicaragua y al viaje de Mr. Hoover

**El triunfo de Moncada.**—Las últimas noticias de Nicaragua, comunicadas por la United Press, dan casi por seguro el triunfo electoral de José María Moncada, jefe del liberalismo intervencionista, de quien pudiera decirse que es el Chamorro liberal.

Desde el día en que el general Moncada, al frente de un ejército victorioso que ya divisaba las puertas de Managua, firmó un pacto con el enviado especial del presidente Coolidge y entregó los rifles a Stimpson, al módico precio de diez pesos por unidad, toda revolución contra el gobierno de Díaz estaba destinada al fracaso.

La escuela de los Chamorro ha hecho en Nicaragua un campo de experimentación para todas las intromisiones y todas las bajas concupiscencias. Vencido Zelaya, entregado Moncada, sólo Sandino, héroe de leyenda, ha podido oponer una fuerza espiritual a la conquista de Washington. Pero Sandino no ha ejercido la menor influencia en la marcha de la política nicaragüense. Su teatro de acción ha sido la montaña brava; su cerco lo confina a una epopeya tanto más hermosa cuanto más inútil. Los marinos y los constabularios del presidente Coolidge acabarán por vencer a este guerrero rezagado, último ejemplar de un siglo histórico que finaliza con su vencimiento y con el destierro de Abd-el Krin, el moro.

El caso de Moncada tendrá funestas radiaciones en la política de los pueblos indoamericanos, a quienes «el destino manifiesto» candidatiza como presas inermes de la invasión septentrional. El triunfo de este oportunista mediocre y zalameo acariciará cálidamente las cabezas angostas de muchos liberales cuya sola preocupación es predicar la amistad hacia los Estados Unidos.

La victoria de José María Moncada tiene que ser mirada con irrevocable antipatía por todos aquellos que, dentro del escenario de pueblos indios de la América, mantienen la tradición de una patria grande, que no es tan sólo el bienestar sanitario y el fisco en holgura, sino una noción espiritual, el decoro hostil y altanero frente a los programas de la domesticidad extranjera. Por lo demás, el pueblo nicaragüense tiene el gobierno que merece. Un pueblo altivo habría

abandonado las urnas; no se habría sometido a la humillación de ejercer bajo el control extranjero, la función máxima de la democracia. Elegido el primer mandatario a la sombra de las bayonetas invasoras, en adelante todas las demás elecciones se harán en las mismas condiciones. Y los americanos establecerán un turno riguroso en el poder, para que ambos partidos estén contentos. Suerte poco envidiable.

En Colombia, a pesar de todo, no habrá Moncadas. Las ideas del doctor Emilio Quedo Alvarez, inventor de una fórmula infame: «Oponer la Casa Blanca al Vaticano», por el intermedio de la Standard Oil, no encontrará jamás adeptos dentro del liberalismo. Aspirantes a Chamorros sí puede haberlos; pero esta tierra no es propicia para la simiente de la traición.

**El rebaño electoral en Nicaragua.**—Mientras Sandino prolonga inútilmente en las montañas de El Chipote la resistencia heroica de su grupo ante los invasores de su patria, José María Moncada, el vendedor de rifles, se hace nombrar presidente de Nicaragua por el técnico electoral americano, el general Mc.Coy.

Para que la farsa tuviera todo el aspecto miserable de una operación de ganadería, Mc.Coy, que ha ido a Nicaragua a fundar una república *up-to-date*, tuvo la siniestra ocurrencia de ejercer control sobre los votantes, marcándolos con un sello especial. De esta manera, mediante esta contramarca afrentosa, se logra la pulcritud en la contabilidad comicial y se realiza el acto inaudito de convertir a la ciudadanía en una dehesa.

He aquí en lo que ha venido a convertirse la república nicaragüense, después de veinte años largos de chamorrista. Porque Chamorro, baldado por una senectud reparadora, es el único vencedor de este festín de Esopo. Fué él quien ideó la patria-producto, la patria-mercancía, la «buena amistad» con el gobierno extranjero que quería comprarla.

José María Moncada no es sino un incidente de toda esta campaña. Después de él, vendrá cualquier Cuadra Pazos, o cual-

quier Díaz. Todos los Chamorros, todos los miembros de número de la Unión Panamericana de Washington.

¿Querían todos esos panamericanistas una patria F. O. B. en New York? Ahí la tienen. Es la Nicaragua del General Mc.Coy. El sello de caucho con que el perito electoral contramarcó la ciudadanía nicaragüense, es el herrete con que la política de Washington sabrá dominar a la república vencida.

**Trop de zele.**—Comunican de Washington que nuestro ministro, el doctor Olaya Herrera, acaba de hacer una visita al secretario de Estado para decir a tan alto señor, a nombre del gobierno de Colombia, que le sería muy grata la visita del presidente electo, Mr. Herbert Clark Hoover, y que ella sería recibida con sinceridad y entusiasmo por el pueblo colombiano.

Nos parece que el doctor Olaya Herrera se ha excedido en esta ocasión. No pretendemos que nuestro ministro obstaculice el viaje de turismo político del señor Hoover. Ese viaje, por más que digan lo contrario ciertos especialistas y sacerdotes del panamericanismo, no tiene la menor importancia para la vida de los pueblos iberoamericanos. Roosevelt visitó muchos de los países que cayeron bajo su gran bota de coronel. El imperialismo del norte sajón, como todos los imperialismos del mundo, obedece a una concepción mental de los estados y no hay por qué pensar que se ablande con la contemplación de los paisajes tropicales.

La visita del presidente Hoover sería recibida por los colombianos con una sincera e irrefutable cortesía. Todo acto o manifestación que atentara contra esa norma fuera grotesca y reprochable. Pero de ahí a manifestar que la gira presidencial producirá entusiasmo en nuestro pueblo, hay un abismo que difícilmente puede salvarlo esa diplomacia sacarina de que hace gala nuestro ministro en Washington.

No. El presidente Hoover, primer magistrado de la más fuerte democracia de la tierra, es, al mismo tiempo, el representante de una escuela de gobierno que nosotros no podemos mirar con simpatía porque fuimos su víctima.

Nuestras relaciones con el gran pueblo americano deben ser regidas por una transparente sinceridad y dentro de ella no caben esas fiestas que presagia «a nombre de su gobierno» el doctor Enrique Olaya Herrera.

Cortesania, respeto, sí. Entusiasmo, no. El entusiasmo, como todos los estados del espíritu, no es susceptible de ser producido por resoluciones o decretos. Y esta hora en Colombia no es precisamente la del entusiasmo.

Lo que pasa es que en la bella ciudad del Potomac se olvidan a menudo todas estas cosas, porque a ese olvido invitan el ambiente cortesano y el espectáculo de un pueblo robusto que suda optimismo y acción.

Perú, Panamá y Nicaragua sí pueden ofrecerle ampulosas sonrisas al presidente Hoover. Nosotros todavía no hemos legado allí.

## El trágico crescendo...

(Viene de la página 344).

dreyevna. «No siente la responsabilidad de las palabras», decía él».

Tolstoy no quiso ver a su esposa antes de morir, pero a ella se le permitió acercarse a su lecho cuando su esposo estaba ya inconsciente y en un estado de coma, del que no volvió a despertar jamás.

(Comentario de EMIL LENVAL, París; publicado en el *New York Times Book Review*, Sept. 9-28. Trad. MARTA DITTEL).

## Nuestra apatía

EXISTE entre nosotros el prejuicio de que lo nacional, vale bien poco, y si en la balanza de nuestro criterio, en un platillo ponemos una obra nacional y en el otro algo producido fuera del país, el pobre platillo del esfuerzo patrio, hace el ridículo al verse remontado por los aires al peso de la producción extranjera.

Van ya dos libros hijos de la más brillante paternidad nacional que no han tenido ni el consuelo de ser relegados al olvido porque han nacido en él, son ellos: Un estudio de Rafael Cardona sobre el Quijote que mucho honra la lengua, y un libro de poesías publicado por Don Roberto Brenes Mesén, de quien huelga hablar, por su valor ya adquirido palmo a palmo, ilustre costarricense que ha tenido que levantar su tienda fuera de la patria, no libre aún de los rencores que arranca a la mezquindad todo el que lleva una luz.

Incapacidad? Seguramente no, sólo existen las malas voluntades, y el error ese fundamental de creer que obstaculizando el triunfo de los otros nos hacemos un beneficio a nosotros mismos. En síntesis: algo de egoísmo.

Es ridículo eso de combatir a los extranjeros, si aún no tenemos el sentido de lo patrio, y peor aún si tratamos de encubrir a los que tienen algo que dar a su país.

Caso doloroso el de don Joaquín García Monge: diez años de sacrificio publicando el *Repertorio Americano*, que no tiene otro fin que el difundir cultura, y sin embargo, el adelanto del *Repertorio* por la acogida nacional es bien poco, acaso por su independencia y por no mezclarse en asuntos de baja política que sólo llevan en sí la comodidad personal. Es bien pobre en verdad la acogida que se le tributa a ese semanario, gobernado por la más independiente cabeza del país.

En fin, que pobre patria ésta que desea independizarse del extranjero sin amar lo propio; nos quedaremos sin los otros, y siempre sin el sentido ese que da la independencia, el amor a lo que produce el hermano que ha nacido bajo el mismo cielo y sobre el mismo terruño.

Nos resta la esperanza, que abriga, que estas a manera de quejas, levanten el aprecio, por lo que con orgullo debemos llamar *nacional*.

Max Jiménez

San José, Costa Rica.

## La bella realidad de la María de Jorge Isaacs

= De Lecturas Dominicales. Bogotá =

(Concluye.—Véase la entrega anterior).

\*\*\*

Tales son los datos biográficos ciertos de la vida de Isaacs, especialmente en cuanto se refieren a *María*. De ellos aparece que justamente de diez y ocho años, la edad del amor, vivió en *El Paraíso* hasta que la revolución de 1860, que en el Cauca fué asoladora, trajo la ruina al hogar y dispersó la familia.

Dios de Israel! Oh Dios cuya mirada  
Alumbra al peregrino en su jornada,  
Héme cual niño me postré ante ti:  
Mi dicha niebla fue que disipaste,  
Al humilde y al pobre me igualaste,  
Lejos de esta mansión voy a morir.

Los que piensan que *María* es una ficción olvidan que si hay algo que no puede fingirse es el amor sincero, la pasión pura. *María* es verdad, porque todo allí armoniza con la realidad, porque conmueve hasta las más hondas fibras del corazón, porque leyéndola sentimos que si hubiéramos tenido el genio de Isaacs la habríamos escrito, porque fué vivida y escrita con lágrimas. «Entonces yo amaba, confiesa el mismo Isaacs, creía tanto; el ángel-mujer de mis sueños de niño había sido la gloria. Cuando se estaba haciendo la primera edición de ese librito en Bogotá, me fué penosa la corrección de las pruebas en los últimos capítulos. Si apurado por los impresores me contraía enseguida y sólo a la prosaica y enojosa tarea, lágrimas importunas me nublaban los ojos».

Para demostrar la existencia real de *María* tenemos preciosos documentos. Dos cartas de Isaacs dirigidas a Rivera Garrido y a don Alejandro Dorronsoro, institutor y pintor bugueño. La primera dice:

«Mi novia era una muchachita de catorce años, fresca como los claveles de *El Paraíso* y tímida como una *cuncuna* recién aprisionada. Yo era todo corazón (y así moriré), y ese corazón era todo, todo de ella. Aquella mujer tan pura y amorosa era mi sueño de todas las horas, mi sueño de

los diez y ocho años, vivo, encarnado por un milagro...»

Obsérvese que coincide la edad expresada en la carta con la que realmente tenía el poeta en el tiempo en que se compró *El Paraíso*.

La otra carta está suscrita en Bogotá el 22 de junio de 1880 y se refiere al famoso retrato de *María* ejecutado por Dorronsoro en aquel año:

«A mi llegada aquí satisface el deseo de ver el cuadro que usted dibujó, representación de la heroína de la novela que escribí en 1867. Admiré ésa obra, que es testimonio irrecusable de la habilidad y talentos de usted; usted la hizo con el alma, que no con el lápiz, y mezcla de gratitud y de admiración sentí contemplando el cuadro...»

«La obra de usted habría sido perfecta, según mi humilde dictamen, si la nariz, que es de tipo español, hubiese sido recta, pero dulce, si me permite usted la expresión, y judía, no recargada en la extremidad, y si como inflable, aunque casta, a impulso de ciertas emociones; la mano, más visible, es también menos pequeña que debiera ser; la base del rostro pudo dejarse menos carnuda. Y lo demás... sobre todo los ojos, esa frente, esos cabellos y la forma en que alineados están, y la garganta purísima, y los labios ligeramente imperativos, que parece van a sonreír ya, y el seno purísimo, tan bellamente cubierto por esa tela blanca y transparente, y el conjunto de todo: es ella o casi ella, y esa es la gloria de usted y el motivo de mi admiración.

«La Virgen de la Silla de Rafael, modificada un poquito la nariz, del modo que he dicho, puede servirle de modelo para esa facción; y perdóneme la insistencia en ese punto; se ha fijado usted en algún retrato mío? «esa es la forma de nariz en nuestra familia»; mas debe ser idealizada para aquel rostro de hermosura sobrehumana».

Otro documento es la confesión de Juan Angel Molina, personaje sobreviviente de *María*, a don Luciano Rivera Garrido:

«Recuerda usted con exactitud, le pregunta Rivera Garrido, en la entrevista que tuvo con él en Buga, en 1897, qué personas constituían la familia del señor Jorge Enrique Isaacs cuando vivió en *El Paraíso*?»

—Sí, señor, como nó! Era el patrón Jorge, mi señora Manuelita y los niños. (Nombrólos sin omitir ninguno, lo mismo que a las señoritas).

—¿No hace usted memoria de alguna niña, parienta de su patrón, que viviese en la hacienda con la familia?

Quedóse el negro pensativo unos instantes y luégo, como quien de pronto recuerda algo que hace tiempo tiene olvidado:

—Sí, señor; vivía en la hacienda una niña que trajo el patrón Jorge muy pequeñita de por allá de las orillas del mar. Decía que era hija de un primo o hermano del patrón...

—¿Cómo se llamaba esa niña?

—Eloísa.

—¿Era tratada en un pie igual a las niñas de la casa?

—Lo mismo, señor, lo mismo!

—¿Era bonita esa niña?

—Preciosa, patrón, y tan buena!...

—¿Qué recuerdos particulares tiene usted de Eloísa?

—Voy a decirle, patrón: de cuando ella estaba chiquita, así (e hizo ademán de indicar el tamaño de la niña, extendiendo la mano derecha, abierta verticalmente, a la altura de una vara del suelo), no recuerdo sino que la querían y contemplaban mucho en la casa; ya se ve, era huerfanita la vida mía y tan sabida. Después, cuando ya la niña estuvo espigadita como en los quince, recuerdo que me encargaba le llevara azucenas y macetas de flores del monte para hacer ramos y adornar con ellos el oratorio y el cuarto del patroncito. Créame, blanco, pero era muy rolamida y donosa la niña Eloísa.

—Y esa niña... ¿qué suerte corrió?

—Como yo me deserté de la hacienda mucho antes de que mi patrón don Jorge y las señoras se murieran, y nunca he vuelto a ella, no sé a derechas si fué que la niña Eloísa falleció, como me parece haberlo oído decir, o si existe todavía».

Por último, en *La visión del Castillo* (hacienda situada cerca de *El Paraíso* sobre otra falda de la Cordillera Central), Isaacs evoca a la novia de su juventud:

«Oh diosa de mis sueños de juventud! en vano  
Ya exánime y sin rumbo de nuevo te invoqué,  
Y errante en las tinieblas, buscándote mi mano,  
Creí besar la tuya, y alzóme una mujer.  
Tan bella, tan amante, brindóme su pureza;  
Dichoso fui su esclavo, pagué su compasión;  
La di mi hogar por trono, por lujo mi pobreza,  
Colmó mi sed de Lázaro su inagotable amor.

«Me olvidarás por siempre, visión de mis encantos,  
Celosa de mi vida, de tan mundano bien?  
Oh, vuelve y dicta al vate los inmortales cantos,  
Tus versos con mis lágrimas y sangre escribiré!»

De los demás personajes de segundo orden que figuran en *María* habló Juan Angel en su entrevista con Rivera Garrido, con la precisión que le permitían sus recuerdos de aquellos lejanos tiempos, pues Juan Angel en 1897 era un anciano. Reconoció a sus amos y a toda la familia Isaacs en el antiguo daguerrotipo que le mostró Rivera Garrido y del cual existe una copia en Bogotá en la colección del respetable caballero don Alberto Williamson. Se conmovió al ver la fotografía de la hacienda de *El Paraíso* y, especialmente, al oír leer las páginas en que Jorge Isaacs relata los últimos momentos de Feliciano, madre de Juan Angel. Recordó las nupcias de Bruno y Remigia, esclavos de la hacienda de *La Manuelita*, y los menores detalles de la vida que llevaban en *El Paraíso* sus patronos. Al preguntarle por el «retinto oscuro» mostró en el brazo izquierdo la cicatriz de un mordisco, y al hablarle de Custodio, el honrado labriego que poseía un cacaotal y era el padre de la gentil Salomé, contestó: «Pues con esos

mismos nombres no los conozco, no señor; pero como el niño Jorgito vivía lleno de amistades entre la gente pobre de Amaime, Nima, Zabaletas, Pajonales, Santa Elena, de quienes era muy querido porque los servía mucho y tenía un modito tan cariñoso que se llevaba la voluntad de todos, es seguro que uno de esos amigos fuera el señor Custodio, de quien me habla el blanco».

Sólo los que hemos vivido en el Valle del Cauca, en la región paradisíaca comprendida entre los ríos Amaime, Zabaletas y Las Guabas, podemos decir qué acento de verdad y qué inefable encanto tienen los recuerdos de Juan Angel Molina, el negrito de *María*, último sobreviviente de aquel idilio y drama inmortal!

Recuerdo la sensación que hizo en mi tierra natal la llegada de Juan Angel Molina, enviado especialmente a Don Luciano Rivera Garrido por sus amigos Ricardo Gutiérrez y Emilio Delgado, propietarios de la hacienda de *Pilamo*, en las cercanías de Quilichao, en la cual trabajaba el antiguo esclavo de los Isaacs. Eran los primeros meses del

año de 1897 en que aún niño salí de Buga a continuar mis estudios en Bogotá. Al ir a devolver a Rivera Garrido, mi noble amigo de la infancia, cuya casita quedaba cerca de la nuestra, los últimos libros que me había dado para leer, lo encontré con su huésped, a quien había prodigado todas las atenciones y cuidados, como si en la persona de aquel negro viejo contemplara la sombra viva del autor de *María*, su amigo del alma, a quien en vida consagró un verdadero culto, y muerto, una corona poética del más puro aroma y de la más tierna emoción. Dos días permaneció Juan Angel en Buga seguido en las calles por los muchachos y llamado y obsequiado en las casas por las señoras. Al verlo pasar, todos decían: «Es el negrito Juan Angel de la *María*». Fué la primera vez en mi vida que mis ojos vislumbraron un reflejo de gloria.

El 8 de mayo de 1828 contrajo matrimonio el caballero inglés Mr. George Henry Isaacs con doña Manuela Ferrer Scarpetta, en la ciudad de Quibdó, y en la escritura de donación, que con tal motivo se otorgó ese

día, consta que el esposo le ofrece a la esposa «en dote o arras y donación, *propter nupcias*, entre otros bienes muebles y semovientes y alhajas, la esclava Estéfana y el negrito Juan Angel, personajes de *María*, y no hace donación de Feliciano por cuanto no la consideró, cuando la adquirió, como esclava, y le hizo promesa de que sería libre.

Hasta el perro *Mayo* tuvo existencia real y sobra hablar de la hacienda de *El Paraíso*, situada sobre una falda azul de la Cordillera Central, donde todo puede verse hoy tal como lo describe el poeta: la escalera de piedra que da acceso al amplio vestíbulo de anchas baldosas, el cuarto de Efraín con su balcón, el salón, las alcobas, el costurero, el oratorio, el comedor y su vista sobre la montaña. Luégo la huerta, el jardín y el baño en el rumoroso y transparente arroyo que corre espumoso entre grandes piedras y rocas, a la sombra de guabinos, higueros y chimangos. A otro lado, una quebrada que baja mansamente y en cuyas aguas abreva el ganado, y más hacia el occidente, hacia el valle, la portada y la piedra de la pendiente, «la piedra de la lectura», como la llaman, donde una tarde, bella y transitoria como *María*, leyeron los amantes el episodio de la muerte de Atala. Después, «el Amaime, el Zabaletas, Paporrinas, Las Guabas, Pajonales, Santa Elena, el Nima». Incomparable escenario de *María*, hoy solitario y abandonado, donde, há poco tiempo, mis pisadas despertaron los ecos dormidos en alcobas y salones, y cuyos ocres muros parecen quemados por el genio de Isaacs como por una zarza ardiente. «Sunt lacrymae rerum»: hay lágrimas en las cosas. El que llega a visitar ese hogar vacío no puede dejar de repetir esa palabra del triste Virgilio.

\*\*\*

Por lo que se refiere a los personajes y cosas de Bogotá, a que hace alusión *La María*, el diligente historiador Eduardo Posada ha encontrado que todos son reales. «Esta obra es un documento precioso para nuestra historia, dice Posada. Allí se ven las costumbres, las ideas y los sentimientos de una época; allí los esclavos en sus posteriores años de servidumbre; los trajes, los usos, la existencia provincial en aquella mitad del siglo XIX. Las lecturas de ese tiempo: *El Genio del Cristianismo*, *Atala*, *El Diario de Santa Elena*, *Las Veladas de la Quinta*, *Las Tardes de la Granja*.

«Para el estudio de la geografía patria es también un grato auxiliar la novela de Isaacs y deja más intensa impresión de los lugares donde se desarrolla que los áridos textos, las guías o manuales de información. Quien sigue la narración caucana en el mapa aprende muchos detalles topográficos, entre otros, la situación de los ríos Zabaletas, Amaime, Nima, las cumbres de Morillos y Mulaló, los pueblos de Yumbo, Vigés, etc. Y en la subida del Dagua se ve no sólo el primitivo modo de viajar de entonces, sino también la nomenclatura del itinerario seguido por el amante».

Eduardo Posada, quien alcanzó a conocer algo del antiguo Bogotá de tiempos de Isaacs, nos dice que el Colegio de Don Lorenzo María Lleras, donde se educó el autor de *María*, se abrió el primero de enero de 1846; que en la lista de alumnos figuran Aristides y Lisimico Isaacs, hermanos del poeta, y que éste se matriculó con el nombre de Jorge Ricardo, el 15 de enero de 1848. Que el maestro Hilario de que se habla en la primera parte del libro, es un individuo real y verdadero. Se llamaba Hilario Cifuentes, murió en Bogotá en 1876 y fué el único peluquero de los primeros años de la República.

«Matilde era bogotana, como la estatua de Bolívar, como el portero Escamilla...»

## Colombia y Hoover

=De *El Gráfico*. Bogotá=

Nos gusta el triunfo de Hoover para conservar la ilusión de Smith. En el complicado mecanismo del gobierno americano el hombre es una rueda. No dependen muchas veces sus movimientos del impulso inicial, sino del que le comuniquen los otros discos dentados de la máquina. Wilson, el idealista, el hombre de mayor fuerza moral que haya llegado al gobierno de los Estados Unidos, se vió precisado a obrar contra sus propias ideas cuando el cumplimiento de las leyes del país lo obligó a ello. Bryan, la mejor garganta de orador que haya existido allá después de Webster, fue la eterna protesta contra Roosevelt y sus prácticas, el condenado del despojo de Panamá y el mejor amigo de la América Latina. Llegado al poder como secretario de Estado, firmó el tratado inicuo que lleva su nombre, con Chamorro. Es verdad que cualquiera podría argüir: entre sus obligaciones no estaba la de rechazar lo que para su país fuera a ofrecerle un dictadorzuelo tropical. Es verdad. Pero ha podido escupirlo...

Smith, como candidato era, y como hombre es, un sujeto extraordinariamente atractivo para los latinos de América. Tiene vigor, tiene gracia, es hombre veraz, sincero, y tan honrado que sabiendo el inconveniente de su religión, en país donde el catolicismo es profesado solamente por la octava parte de los conciudadanos, no vaciló en renovar los votos de su fe, dando la espalda al ejemplo de Enrique IV, que adjuró la doctrina hugonote cuando se opuso a sus sueños y se ciñó la corona con frase de cinismo sonriente: «Paris bien vale una misa». En el caso actual teníamos tranquilizadoras declaraciones de Smith, explícitas promesas de no intervención, condenación de la política de su país en Nicaragua. Pero llegando al poder ¿qué hubiera hecho, aun contra su voluntad, si el senado, que recorre allí la órbita de las relaciones exteriores, le hubiera impuesto la continuación de la misma política execrada?

Derrotado, nos deja la ilusión. Y llega Hoover. Los nerviosos esperan de él todo lo peor, lo más absorbente, lo más áspero. Como la imaginación va más lejos que la realidad, toda gestión benévola, toda manifestación de respeto por las ajenas soberanías y de cariño por las hermanas naciones, nos traerá a todos una agradable sorpresa.

Con la expectativa de un Roosevelt resurrecto, la menor palabra suya que contradiga los temores, será de efecto sedante. No es Hoover un político de la vieja escuela ni un exhibicionista. Es un administrador, un hombre serio, que puso corazón en los cargos que ejerció primero para distribuir las provisiones entre los beligerantes y luego para calmar el hambre de Rusia, Viene del pueblo, además. Es sencillo, oye consejo, medita. Desde todo punto de vista es superior a Coolidge. Han ganado los Estados Unidos. Y aunque derrotados en la persona de Smith, no es descaminado asegurar que hemos ganado nosotros.

Pero en el fondo de las cosas, en la última síntesis, ante Dios y ante el mundo, nuestra suerte no depende de que sea uno u otro el sujeto que vaya a la Casa Blanca. Depende de nosotros. Dignos sin altanería, trabajadores, metódicos, respetuosos de los derechos ajenos y de la propia palabra una vez empeñada: eso nos basta. Si no damos pie para el reclamo y para la afrenta, pueden seguir con hambre insatisfecha los que hayan querido devorarnos. No habrá quien lo quiera si encuentra a un pueblo firme. El pretexto para realizar un propósito absorbente o para que germine el deseo innoce no podrán darlo sino los desconocedores del derecho y los que tengan, roídos por la suspicacia, un sistema nervioso de rata o de conejo.

Hace días leímos en *Siegfried*, la bella comedia de Giro-doux, tan elocuentemente exaltada por el señor Rollin, periodista francés, en su magnífica conferencia Municipal, un pensamiento que le viene a nuestra idea como a la mano el guante: «En las naciones, lo mismo que en las frutas, los gusanos están en lo interior». Lo más grave no es lo que se ve, la pequeña larva sobre la corteza o el enemigo de fuera. Lo grave es lo de dentro. Pero la intensa campaña profiláctica y todo lo que tienda a darle al país la confianza en su destino, por lo que enseña el pasado y por lo que el presente permite adivinar, formarán el fuerte dique que impedirá la inundación de las aguas envenenadas y turbias. En ese caso, Hoover o Smith, para Colombia vienen a ser lo mismo. Quiera Dios que en los días venideros no haya sino motivos de bienestar y de júbilo!

L. E. Nieto Caballero

Ese portero es otro personaje histórico, pues lo fué de la cámara de representantes durante muchos años y murió nonagenario al principiar la Regeneración. Durante el congreso de 1882 Isaacs le hizo un soneto con motivo de la solicitud que el diputado por Panamá hizo para que se le aumentara la pensión:

Ha propuesto Quesada Marcelino  
Que de Escamilla la pensión se aumente,  
Justicia y gratitud, también opino  
Que pagarle algo más es muy corriente.

Posada conoció a Escamilla y recuerda que cuando los representantes dejaban el recinto para conversar y fumar, el viejecito salía a llamarlos, por orden del presidente, y con la campanilla recorría los pasillos y corredores gritando: «Al salón, señores, que no tenemos quorum».

«Es como resolver uno de aquellos grandes problemas de Bracho...» Era don Miguel Bracho, ingeniero venezolano, quien vivió en Bogotá en la primera administración de Mosquera, de 1845 a 1849. Cuando Isaacs estudiaba en el Colegio de Lleras, Bracho, era catedrático de álgebra y geometría.

El médico que asistió a María, y que se menciona en varios pasajes, con el nombre del doctor Mayn, es el doctor José Enrique Mayn, que vino con la Legión Británica y vivió sus últimos años en el Valle del Cauca.

\*\*\*

La gloria de Isaacs es como la de Bolívar: crece con los tiempos, porque ambos —cada uno en su esfera y según sus proporciones— son los genios más populares e indiscutibles que hayan engrandecido o encantado nuestra América. Un genio, en su más amplia significación, es un excelso modelo de humanidad, pero es también un representativo genuino de la energía, o del pensamiento o del sentimiento de un pueblo.

Jorge Isaacs, descendiente de judíos, traía en su sangre los fermentos líricos y elegíacos que hicieron del pueblo maldito el más extraordinariamente poético después del griego. Son los dos milagros de la historia: Grecia, la perfección de la belleza y del pensamiento. Judea, la perfección de la idealidad religiosa. Un sentimiento religioso y pastoril llena el alma de la raza de Jacob, de ahí los torrentes de poesía de sus libros sagrados, cuyos ecos parecen repercutir en el alma de Isaacs:

Y yo con mi ambición, pobre y proscrito  
De mi raza infeliz purgo el delito,

escribía frizando apenas en los 23 años. Como legítimo hijo de Israel, el dolor lo hizo cantar, y como antes había inspirado sus desesperanzas a Job y sus trenos a Jeremías, a él le inspiró un poema de desolación irremediable, himno de infinita ternura que sólo puede ser bien comprendido por aquellos a quienes el amor dejó hondas heridas. Y en armonía con el sentimiento de su raza corrió la vida del poeta, que nunca fué alegre, jovial, expansivo. El infortunio parecía presidir todos sus actos, y la mala suerte todas sus esperanzas. Amaba la soledad y la compañía de pocos amigos. Los que lo conocieron de cerca recuerdan su gallarda presencia, el fulgar vivísimo de sus ojos pequeños y negros, los labios delgados y sinuosos grandemente expresivos, la vehemencia con que hablaba siempre, siquiera fuera sobre temas comunes o familiares, la nariz perfecta, la frente ancha e inclinada con cierto aire de tristeza, la palidez de su rostro en contraste con el azabache de su gran melena ondulada que sacudía como un león cuando hablaba al pueblo alborotado de las barras del congreso o de la plaza pública.

«Yo ví a Jorge Isaacs, al otro día de la batalla de Los Chancos, de pie a la entrada de una barraca de campaña, escribió Juan de Dios Uribe. Pasaban las camillas

de los heridos; las barbacoas de guadua con los muertos; grupos de mujeres en busca de sus deudos; jinetes a escape; compañías de batallón a los relevos; un ayudante, un general, los médicos con la cuchilla en la mano, los practicantes con la jofaina y los vendajes. Trujillo que marcha al Sur, Conto que egresa a Buga; David Peña a caballo, con la blusa roja, como un jefe árabe que ha perdido el jaique y el turbante... El mundo de gente ansiosa, fatigada, febril, que se agolpa, se baraja, y se confunde después de un triunfo. El sol hacía tremer las colinas, la yerba estaba arada por el rayo; el cielo incendiado por aquel medio día de septiembre, y por sobre el olor de la pólvora y los cartuchos quemados, llegaba un gran sollozo, una queja larguísima de los mil heridos que desangraban en aquella zona abrazada por el sol que desollaba la tierra. Isaacs reemplazó el día antes a Vinagre Neira, y a la cabeza del «Zapadores» y como su primo hermano César Conto, estuvo donde la muerte daba sus mejores golpes. Yo lo ví al otro día en la puerta de la barraca, silencioso en ese ruido de la guerra— los labios apretados, el bigote espeso, la frente alta, la melena entrecana como el rescoldo de la hoguera—; y en su rostro, bronceado por el sol de agosto y por la refriega, me parecieron sus ojos negros y chispeantes como las bocas de dos fusiles».

Jorge Isaacs, que en vida fué tan malaventurado, ha tenido después de muerto la fortuna de ser juzgado por los más altos representantes de la crítica en Colombia: Max Grillo, en prosa refinada, ha escrito:

«Jorge Isaacs vivió su poema. Para crearlo, con los esplendores del cielo y la ternura

del idilio, tenía las armonías de la tierra nativa y los recuerdos del hogar paterno. El dolor iba a ser su musa inspiradora... La fatalidad había deshecho sus esperanzas, y su juvenil imaginación se serviría de aquel ambiente de dorados paisajes para crear las escenas de *María*. El asunto era de una sencillez eglógica. Bastaba evocar las alegrías y los dolores de su vida entre la maravillosa naturaleza del Valle del Cauca para iluminarlos con la llama de su genio. Era el poeta. El exaltador de las armonías dormidas en el Amalme y el Nima, ríos azules que hacen pensar si en sus ondas se condensaría la luz cerúlea del cielo en la primera mañana del mundo, o si entre sus aguas verterían lágrimas opalinas las sirenas cuando, huyendo ante la muerte de los mitos griegos, subieron quizá desde el mar hasta las corrientes nemorosas del Valle incomparable. Era el poeta descubridor de un mundo todavía virgen... Aquellos sitios del Zabaletas y Pajonales, paraíso de la tierra, con sus torrentes de virgiliano rumor; sus ceibas de amplísimo follaje y sus praderas de un verde húmedo y sonriente tuvieron en Isaacs el cantor digno de cantar sus hermosuras. Todo perdurará en *María*: la suave tristeza de sus añoranzas; la virginal gracia de sus escenas; el soplo de la fatalidad que al rozar sus páginas las aproxima a las tragedias griegas; la delicadeza de los primeros amores; la sobriedad de los caracteres creados por el poeta; la ingenua sencillez de las almas, y, principalmente, el hálito de poesía que infundió a los paisajes del Valle el espíritu encendido en amor y pleno de juventud de Jorge Isaacs».

Sanín Cano, quien conoció a Isaacs y fué

## Carta de Mr. Lee

San José, Costa Rica,  
6 de diciembre de 1928.

Sres. Alejandro Montero S., Carmen Lyra, Jaime Coto A., Emilia Prieto y Luisa González.

Pte.

Estimados señores y señoritas:

Les agradezco altamente el saludo amistoso que tuvieron a bien enviarme en el número 21 del *Repertorio Americano* con motivo de los conceptos emitidos por mí acerca del asunto de Nicaragua, en mi carta entregada a Mr. Hoover cuando estuvo en esta capital, y que el señor Haya de la Torre vertió al castellano tan hábilmente.

Aunque al escribirla no sabía yo que una parte de la carta sería leída por los amigos y admiradores de *Repertorio Americano* ni por nadie, pues por mera casualidad supieron de ella los señores García Monge y Haya de la Torre, me siento complacido de ello una vez que ha sido motivo de una expresión de aplauso de Uds. y los demás miembros del *Grupo Aprista* de San José.

Creo comprender la visión que Uds. tienen de una América Latina con unidad de intereses tanto materiales como intelectuales, lo que encuentro muy natural, y supongo que no voy a perder mi ciudadanía por creer, como el Senador Borah, el primer orador del Senado de mi país, que el Gobierno de EE. UU. ni de otro poder alguno, es llamado a inmiscuirse con fuerzas militares en los asuntos internos de otro país, sea éste débil o lo contrario. Y no creo que esto sea justificado por el hecho de que la invasión haya sido solicitada por nacionales del país invadido.

Del mismo parecer es el Profesor C. W. Hackett de la Universidad de Texas, como se ve por el recorte que les adjunto de un periódico de Dallas del 19 del mes próximo pasado, informando de una conferencia dic-

tada por él ante *La Federación de Clubs Feministas*, e intitulada: *Latin American Policy Scored*<sup>1</sup>.

«Roma no fue hecha en un solo día», dice un refrán, y creo que no hay necesidad de ayudar a la evolución normal de los pueblos con balas, mayormente cuando son de nacionalidades diferentes.

Creo que la cultura y también la civilización más perfecta es, y siempre será, obra espiritual e intelectual. Por lo menos estos son los medios de que todos pueden usar libremente sin dañar la dignidad ni contravenir las leyes de ningún país.

Como dije en mi carta a Mr. Hoover acerca de la obra evangélica en que están trabajando misioneros de la *Colonia Americana*, yo creo que la Biblia es la piedra angular sobre la cual ha de descansar cualquiera civilización duradera de pueblos tranquilos y felices, pues este Libro Sagrado nos enseña que Dios es Amor, y el amor es la madre de la caridad bien entendida. Como dijo San Pablo en su Primera Epístola a los Corintios (Cap. 13): «La caridad es sufrida, es benigna; la caridad no tiene envidia, la caridad no hace sin razón, no se ensancha».

De Uds. afmo. servidor y amigo.

Enrique H. Lee

He aquí el traslado:

<sup>1</sup> Denton, Texas, 19 de noviembre.—El Dr. C. W. Hackett de la Universidad de Texas, en una conferencia dictada en esta ciudad ante *La Federación de Clubs de Mujeres*, el jueves, se dedicó a flagelar a la Administración actual por su política Hispanoamericana.

El conferencista atacó rudamente el Tratado firmado entre los EE. UU. y Nicaragua en 1907, por el que se les permitía construir el Canal; y el convenio posterior que trata de la no intervención. Dijo que el Gobierno de los EE. UU. ha violado el convenio repetidas veces; que a su política en Nicaragua se le ponían reparos en los demás países de América, pero que sus protestas no eran tomadas en cuenta.

su amigo, le ha dedicado dos magistrales estudios, uno leído en la Sociedad de Conferencias de Buenos Aires, y otro que sirve de preliminar a la segunda edición de las *Poesías* del poeta, hecha en Barcelona. De una de esas disertaciones recorto esta página cargada de ideas:

«Fué un soñador que no se satisfizo nunca sino en el torbellino de la acción tempestuosa; un soñador a la manera del pálido corso, del Libertador Simón Bolívar; un romántico como Kórner que buscó la muerte en el campo de batalla, y un rebelde a la manera de Lord Byron. A una riquísima vida interior, cuyos más íntimos recodos se complació en describir, unió la inquietud de los aventureros del siglo xvi. En él se juntaron el personaje ideal de Sénancour y los impulsos vitales de Thomas Whaley, morigerados por un ambiente reducido y por los dictados de una conciencia casi ascética.

«Fué hombre de su tiempo y realizó sus ensueños en armonía con el hervor transitorio del ambiente... La fuerza que le alzó sobre sus compañeros de letras fué el candor de su sensibilidad y la facultad maravillosa de mirarse interiormente y reproducir sus sensaciones sin amplificarlas ni contraerlas. Era sincero hasta los límites en que nos lo permite serlo el pudor... Ese poder extraordinario de acomodar las frases a las exigencias de su pensamiento, de su generosa sensibilidad y del ambiente que el autor había estudiado a palmos fueron la causa de aquel hechizo que la *María* ejerció sobre la juventud literaria de 1870, y sobre todo un público americano anheloso de ver puestos en cifra estados de alma, aspiraciones sentimentales que estaban en la atmósfera como la electricidad en el éter tempestuoso».

Sólo que ese hechizo perdura porque es privilegio de las obras maestras, que son los más altos testimonios de la inteligencia y de la sinceridad humanas, conservar su prístina juventud a través de los tiempos, sugerir, insinuar nuevos interrogantes del enigma universal, hacernos meditar, sobrecogidos de espanto, ante lo infinito que nos rodea. ¿Qué, sino el espectro del misterio es esa ave negra que proyecta su torva sombra y lanza siniestros grazuidos sobre los amantes de este idilio en sus más dulces instantes de amor? ¿Qué es entonces la dicha humana? nos decimos. ¿De dónde viene? ¿Dónde va?

Y qué, si no lo sublime (tal como lo preceptuó Longino), que suspende el aliento, que nos maravilla y nos pasma, que puede hallarse en un pensamiento o en una imagen es el vuelo de esa ave fatídica, al atardecer, en el cementerio de la aldea, sobre la tumba de la amada; o a la orilla del torrente, que ya no puede vadear, los angustiosos aullidos del perro que parece increpar a su amo porque lo abandona en su vejez, y finalmente, aquel fantástico galope por en medio de la pampa solitaria cuyo vasto horizonte ennegrecía la noche...!

Libro palpitante de vida, de la emoción del primer amor que Isaacs guardó hasta su muerte y de que están llenas sus poesías: como las grandes maravillas de la natura-

leza o del ingenio humano, todo lo que a él se refiere nos seduce y atrae, tiene un secreto encanto, el sortilegio que sentía Augusto Rodín delante del *Concierto campestre* del Giorgione o del *Angelus* de Millet. Libro sublime como aquellos en que se cantan las aventuras de Ulises o el cautiverio del pueblo de Israel, y al propio tiempo, como ellos, ingenuo, sencillo, pastoril, rústico; escrito cual una carta de amor al despuntar la juventud; inspirado y sentido en la tierra

idolatrada donde yo, por larga dádiva de los dioses inmortales, abrí los ojos a la luz del día; en ese Paraíso real y efectivo (no mitológico ni bíblico), del Valle del Cauca, que a mí mismo me hace olvidar el encanto de la eterna Grecia. *María*, la más bella, cándida y triste flor de poesía que haya abierto sus pétalos en los jardines de América! *María*, en todas las latitudes del mundo donde haya corazones sinceros, la Biblia de los quince años!

Cornelio Hispano

Bogotá, octubre de 1928.

## Comité pro-Sandinó en Costa Rica

Cuadro demostrativo del resultado de la recaudación efectuada para auxiliar el movimiento autonomista comandado en Nicaragua por el Gral. Augusto C. Sandino

	ENTRADAS	SALIDAS
Resultado de la contribución pública autorizada por el Comité, según detalles publicados en sucesivos números del <i>Repertorio Americano</i> .....	₡ 701.00	
Cuenta La Tiquera, talonarios, recibos y hojas volantes.....		₡ 12.00
Cuenta Alsina. Hojas declaraciones del Comité.....		40.00
General Larios. Auxilio acordado.....		25.00
Costo Folletos Beals 375.00		
menos ejemplares vendidos 295.00.....		80.00
Cuenta Tormo, varios trabajos tipográficos.....		54.00
<i>Remitido al General Sandino por conducto de Froylán Turcios, giro bancario del Banco Anglo Costarricense, n.º 1791, contra The National City Bank of New York, por la suma de ₡ 122.50, al 400 % de cambio</i> .....		490.00
Sumas iguales.....	₡ 701.00	₡ 701.00

El Comité, al suspender por ahora sus labores en espera de nuevas actividades que lo muevan a proseguirlas, tomó el siguiente acuerdo:

Como un acto de justicia se acordó dejar constancia de que el mayor y más entusiasta esfuerzo desplegado para allegar los fondos que este Comité pudo reunir

fue realizado por la estimable dama doña Lupe Santos de Cabezas, residente en Puntarenas, cuya decidida buena voluntad en favor de la cruzada libertadora que comanda el Gral. Sandino fue el más constante y eficaz estímulo que tuvo este Comité en todo el curso de sus labores.

San José, Costa Rica, diciembre de 1928.

Luis Cruz Meza  
Presidente.

José María Zeledón  
Secretario.

García Monge  
Tesorero.

## Tablero

= 1928 =

### Se va Mr. Dickson

Mr. Samuel S. Dickson, Encargado de la Legación de los Estados Unidos en El Salvador, parte para Colombia, después de haber permanecido aquí casi dos años. Llegó él en calidad de Secretario de Legación; pero desde que el Ministro Americano, Mr. Jefferson Caffery, se marchó de El Salvador en junio del presente año, Mr. Dickson quedó al frente de los negocios de la gran República.

La actuación diplomática suya ha tenido especial repercusión en la prensa salvadoreña. No ha pasado por alto el señor Encargado de Negocios oportunidad alguna para ejercer influencia en el sentido de que se suprima la libertad de imprenta. Un periódico de San Salvador publicó, no hace mucho, documentos que lo prueban.

En una ocasión Mr. Dickson llegó a

considerar los cablegramas de la *Associated Press*, procedentes de Nueva York y publicados extensamente en los Estados Unidos, como injuriosos para la dignidad de su Gobierno. Es decir, lo que el Gobierno mismo de los Estados Unidos ha tolerado con liberalidad en la prensa norteamericana, Mr. Dickson lo ha considerado inapropiado para la prensa salvadoreña.

(Diario del Salvador).

### Comentario de Patria, San Salvador:

Que le vaya bien a Mr. Dickson. En Colombia, según parece, no podrá influir tanto como aquí, porque los colombianos no son tan débiles como nosotros. Son cinco veces más, su territorio es grande, y se hallan, por su buena suerte, mucho más alejados que nosotros del foco invasor.

### CULTURA VENEZOLANA

Director: José A. Tagliaferro

Apartado de Correos 293  
Caracas.

Cultura Venezolana se publica el día 15 de cada mes en números de 90 a 128 páginas.

En la sección bibliográfica se dará cuenta de los libros de los cuales se remitan dos ejemplares.

Precio de suscripción:

En el extranjero: 5 dólares al año.

Que le vaya bien a Mr. Dickson, y que reflexione, cuando vaya remontando el Magdalena, que la más pobre forma de la diplomacia es la que se ejerce, en las relaciones de un gigante con un enano, haciendo alardes de fuerza y de intolerancia.

Creemos en el progreso humano, y esperamos que llegará un día en que ningún hombre querrá practicar la diplomacia según la práctica Mr. Dickson.

**Max Jiménez**

Una revelación: Max Jiménez, poeta... No nos sorprende.

En sus dibujos, en sus esculturas, en su prosa rimada, ya teníamos el misterioso anuncio de la definitiva orientación del artista. Ahora se confirma nuestro presentimiento, y la Página Lírica que el *Repertorio Americano* nos ofrenda en este día, da una idea del poder sensitivo de esta alma grande y solitaria.

Hay en el poeta mil facetas rítmicas y un anhelo dominante de libertad y de superación: es como un amplio camino que brota del valle, recorre los flancos de la cordillera e intenta, allá en la cima, columbrar el infinito, en gestación de estrellas.

Poeta: hermano en el culto por el ritmo y por la forma, hermano en la soledad y el desamparo, hermano en la tragedia interior, para ti el saludo de uno que, por los senderos del destino, se extravió en la vida y dejó prendidos, en los cardos de las veredas, los vellones de su alegría y de su entusiasmo.

J. J. SALAS PÉREZ

9-Dic-1928.

**Estamos autorizados para hacerle gran propaganda a este interrogatorio de *Universidad*:**

**Orientación filosófica latino americana**

LA REVISTA *Universidad* DE BOGOTÁ

suplica a usted le exprese en pocas palabras cuál es el principio filosófico que mayor influencia ejerce en su espíritu.

Esta revista editará un número especial con las opiniones que obtenga, y lo enviará a usted en retribución de su respuesta.

Luis López de Meza.

Con este fin encarece la publicación de esta noticia en la prensa periódica de América.

German Arciniegas.

Diríjense, los escritores que nos lean, a German Arciniegas. Ap. 491. Bogotá, Colombia.

**Contesto muy complacido el cuestionario de *Universidad***

El principio filosófico que mayor influencia ejerce en mi espíritu es aquél, no catalogado aún, comprensivo del espiritualismo racional e ideal a la vez; el que, siendo objetivo para el mundo que se observa, sea subjetivo para el observador que intuye; que el sujeto no separe del objeto visto, pero que tampoco deje el Castillo Interior desde donde mira.

Vivir en la cumbre espiritual de San Francisco o de Santa Teresa, pero con los

pies entre el lodo, como quería Silva, el poeta de Colombia.

Tal me parece un ideal filosófico de acuerdo con mi temperamento; y quien más lo ha expresado en sus libros es, en lo antiguo, Platón, y en lo moderno, Emerson.

Yo diría, con un poco de alarde tal vez, que en estos dos hombres eximios he aprendido desde muy mozo a encauzar mi vida, y he podido tener, con ellos, un sentido del mundo tan amplio, que casi me acerco al Reino de la Felicidad.

ROGELIO SOTELA

San José, Costa Rica, 1928.

**El Dinero Maldito**

Quezaltenango, 15 de noviembre de 1928.

Señor don Alberto Masferrer,

San Salvador

En nombre de la Liga Antialcohólica de esta ciudad, tengo el honor de saludar a Ud. de la manera más cordial, y a la vez suplicarle se sirva tener la bondad de conceder su permiso para la reproducción de su obrita intitulada *El Dinero Maldito*; permiso que ya le fué solicitado por la Honorable Corporación Municipal citadina.

No dudando de que Ud. accederá a lo suplicado, le anticipo los más expresivos agradecimientos y aprovecho esta oportunidad para suscribirme su muy Atto. S. S.

SALOMÓN OROZCO DE LEÓN B.

Presidente

San Salvador, 21 de noviembre de 1928.

Señor don Salomón Orozco de León B.,

Presidente de la Liga Antialcohólica

Quezaltenango

Muy estimado señor:

Con mucho gusto autorizo a Uds. para reproducir cuantas veces quieran mi ensayo *El Dinero Maldito*. Es una ventura para mí que ese librito se tome como arma de combate contra el envenenamiento de nuestra raza, y es mi convicción absoluta que todo esfuerzo honrado, quiero decir sincero, en favor de nuestros pueblos, ya lo hagan los particulares, ya las autoridades, ha de acompañarse o de precederse de hechos sistemados y amplios en el sentido de reducir al mínimum los estragos del funesto breva.

No creo, absolutamente, en la sinceridad o en la comprensión de quienes practican lo contrario; y estoy cierto de que se aproxima el momento de que en el Código de Conducta de los hombres veraces, figurará este mandamiento: NO CONSENTIRÁS. Es decir, nuestra actitud, en frente de los que arruinan el hoy y el mañana de la raza mediante el alcohol, el opio, el éter, la morfina, los lenocinios y otras maldiciones, no debe limitarse a lamentar el mal ni a protestar contra él timidamente, sino que ha de asumir los caracteres de la lucha activa, ofensiva y resuelta.

NO CONSENTIRÁS ES uno de los Nuevos Mandamientos que han de creer y practicar los Hombres Nuevos de América. En su comprensión: acertada y en su práctica decidida, hallaremos el remedio de infinitos males, contra los cuales son impotentes la moral ordinaria y la política de rutina.

Aquí mismo encontrarán Uds. clientela para vender, a bajo precio, algunos centenares de *El Dinero Maldito*.

Les agradeceré una esmerada corrección de pruebas, y que me obsequien unos diez ejemplares en buen papel.

**Voces patrióticas que no hallaron eco en la prensa diaria nacional**

Señores Directores de *El Diario de Costa Rica* y de *La Nueva Prensa* Ciudad.

Otras veces los periódicos han venido amablemente a solicitar mi opinión acerca de diferentes temas de público interés, movidos seguramente por el laudable afán de reflejar en sus páginas el sentir de aquellos a quienes conceptúan representativos de una tendencia o de una actividad en el país. Pero por desgracia no siempre llegan a preguntar cuando uno siente no sólo el deseo sino también el imperativo deber de decir algo públicamente que interesa a la colectividad. Este es el caso de hoy que me obliga a solicitar de Uds. acogida para estas líneas.

Bien hace el Gobierno en querer agasajar de la mejor manera posible al Presidente electo de los Estados Unidos de Norteamérica en su llamada visita de buena voluntad, y todo lo que haga para lograrlo merecerá la aprobación decidida de los costarricenses. A ello obliga la cortesía internacional. Pero no creo que se haga bien en mezclar a los niños de las escuelas y a sus Preceptores a un acto político que tiene, además, un aspecto de interés nacional que es preciso contemplar en su sentido verdadero. El señor Hoover, al realizar la campaña electoral que le dió el triunfo, declaró su conformidad con la política del Gobierno Norteamericano respecto de estas nacionalidades de origen latino, política con la cual parecía estar en desacuerdo la mayoría sensata de los estadounidenses. Tal declaración implica solidaridad con los fuertes organismos econó-

micos que, con el apoyo del poder político de su país, tienen sojuzgadas a estas naciones en formas que en los últimos tiempos ha revestido caracteres de injusticia y de crueldad, y no es creíble que los pueblos hispano americanos—aún aquellos que, como el nuestro, profesan a la gran nación del Norte afecto espontáneo y tradicional—estén conformes con los procedimientos adoptados. Por lo tanto, es justo dejar a la libre voluntad de los ciudadanos el concurrir o no a los festejos oficiales, prescindiendo de los niños escolares cuyo derecho indiscutible se desconoce cada vez que se les toma como masa decorativa e inerte a disposición de los Gobiernos.

La lógica nos lleva a suponer que el deseo de Mr. Hoover al venir a estos países, es el de conocer de *visu* la impresión que en ellos produjeran sus citadas declaraciones electores, para tratar de orientar su futura política interamericana; y como su estada entre nosotros sólo durará algunas horas, las manifestaciones populares con que sea recibido serán lo único que pueda expresar ante él nuestros sentires. Por mi parte declaro que será grandemente beneficioso para la suerte de este país que el nuevo Presidente de los Estados Unidos pueda contemplar al lado de la más rendida y exquisita cortesía gubernativa, la más tranquila y respetuosa indiferencia de los costarricenses. Porque ello lo llevará a reflexionar; y, si como se asegura, él es un estadista destacado, de su reflexión brotará un torrente de provechosas rectificaciones.

De Uds. muy atento servidor,

José María Zeledón

San José, 26 de Noviembre de 1928.

Muy complacido y muy agradecido, soy de Uds. afectuosamente.

A. MASFERRER

Disponemos de algunos ejemplares de *El Dinero Maldito*. A ¢ 0.50 el ejemplar.

Nos envía nuestro amigo el señor E. J. Castellero R., de Panamá, este recorte:

#### Revistas de cultura

Tal vez la cultura sea mirada con un gesto casi compasivo por los espíritus que se dicen prácticos: quizá la preocupación por los temas meramente especulativos en los campos de la ciencia, del arte, de la literatura, de la música, parezca cosa de poco más o menos a las mentalidades que se interesan por disciplinas que pretenden ser las a tono con el *la* de la época en la gran orquesta que es la inquietud de hoy; mas, con todo, existe el grupo impresionado por los problemas culturales, existe la pequeña capilla que encuentra en la lectura de las cosas nuevas un placer exquisito, un placer comparable a un buen negocio político, a una arriesgada operación de bolsa que proporciona millones; y es una satisfacción espiritual que estos zapadores del ideal den señales de vida, que estos soñadores muestren las investigaciones de sus sueños en letras de molde.

Esto son y no otra cosa las revistas de cultura: los ventanales por los que se asoman al mundo los ánimos inquietos, los quijotes de hoy, que sienten la necesidad de disputarles a los molinos su gran batalla, y esperan no caer derrotados, maltrechos, como aconteciera al ejemplar caballero manchego en su inolvidable aventura, que los nuevos aún meditan y se dan cuenta de la terrible tristeza que envuelve la descripción del inmenso humorista que nació en Alcalá de Henares.

Nos ha sugerido esta nota el haber ojeado en estos días unas cuantas páginas de arte, y de diversos países, todos americanos: por nuestras manos han pasado *Contemporáneos* la más lujosa de todas las publicaciones, que nos trae aromas mexicanos, encantadores por su juvenil ardor, por su ansia de avance:—oh, ese apunte de novela de González Rojó, soberbio, alentador:—*La Vida Literaria* una especie de *La Gaceta Literaria* española, esta *Vida* de Buenos Aires, amplia en noticias, con artículos como los de Reyes, Lugones y otros varios, realmente sugestivos: 1928, la publicación cubana, segura en atisbos, consoladora por juvenil y por valiente: añadamos a los ecos de América—a los que podríamos agregar revistas de Chile como *Atenea*, del Perú y el sensatísimo *Repertorio Americano*, inspirado por ese formidable profesor del ideal que es García Monge, tan abierto y tan sereno y tan comprensivo y tan sano, que hace honor a Costa Rica,—otros ecos europeos, modelo de estudios y de avances, tales *La Gaceta Literaria* ya mencionada, en España, y *Les Nouvelles Littéraires* parisina, y tendremos un cuadro de espiritualidad consolador.

¿Por qué Panamá no ha de publicar su revista de cultura...? ¿Por qué no se ha de asomar a los ventanales del arte, tan amados por los hombres que saben del ideal...?

Ofrecemos esta idea a algunos amigos de don Quijote, el valeroso caballero que se atrevía con los más espantables gigantes que vieron los siglos...

(De *La Estrella de Panamá*)

#### Bibliografía titular

Por caminos diversos, nos han llegado los siguientes folletos:

*Pierre Chardon*. Se vie-Son action. Sa pensée. Editions de *l'en dehors*, París.

*La vialidad en el Ecuador*. Oficina de Información y propaganda anexa a la Secretaría de la Presidencia de la República. Gobierno del Ecuador. Quito, 1928.

*Límites entre Guatemala y Honduras*. El esfuerzo de Guatemala para canalizar el río Motagua y el dominio indisputado que sobre el mismo ha ejercido desde el siglo XVIII. Publicaciones de la Comisión de Límites. N.º 6. Guatemala, 1928.

*The Pact of Paris with commentary historical*, by James T. Shotwell. International Conciliation. N.º 243. October, 1928. New York.

Rodrigo de Triana: *Democracia y Tropicalismo* o el porvenir de la América Latina. *La Democracia Colombiana y el Cesarismo Venezolano*. Colombia, 1928.

*Juegos Florales centroamericanos de Quezaltenango*. Año 1927.

*Límites entre Guatemala y Honduras*. La soberanía de Guatemala en el Valle del río

Motagua, hasta la altura de la Cordillera. Publicaciones de la Comisión de Límites. N.º 5, Guatemala, 1928.

*Homenaje al Maestro*. Dr. Fed-Henríquez y Carvajal. 1848-1928.

Domingo B. Castillo: *La tragedia septembrina de 1028*. Guayaquil, 1928.

Banco de la República. Bogotá, Colombia. *Quinto informe anual por el Gerente a la Junta directiva*, 1927-1928. Bogotá.

*El postumismo a Horacio Blanco Fombona*. Colina Sacra. Santo Domingo, 1928.

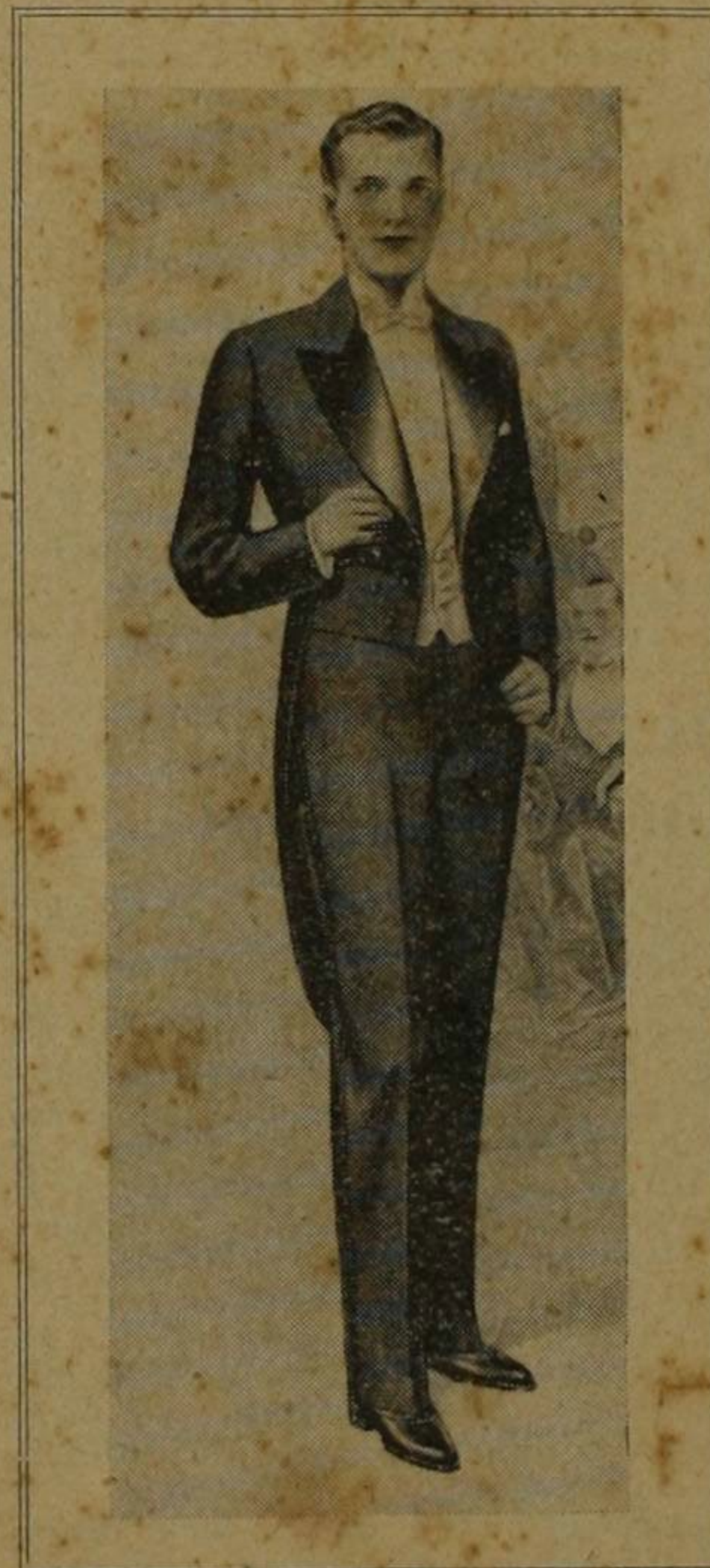
*Obras completas de Carlos Octavio Bunge*. Su obra, su personalidad. Espasa-Galpe. Madrid.

Nos llega:

*The Anti-Imperialist Review*, July 1928.

A Quarterly Journal. Edited and published by the International Secretariat of THE LEAGUE AGAINST IMPERIALISM. París, Berlin. London. Vol. 1. N.º 1.

Editorial and Publishing Offices: BERLIN SW 48, Friedrichstrasse. — PARIS, Rue Faubourg Montmartre 55.



El traje hace al caballero  
y lo caracteriza

y

La Sastrería

## La Colombiana

De Francisco A. Gómez Z.

le hace el vestido

en pagos semanales, mensuales  
o al contado.

Hay un inmenso surtido de casimires  
ingleses. Operarios competentes  
para la confección de trajes

Haga una visita y se convencerá

Frente al Pasaje Jiménez  
contiguo a la Botica Oriental

San José. C. R. — Teléfono 1283

Los hombres de mejor gusto y más elevada cultura cuidan de su buena apariencia.

## LA SASTRERÍA AMERICANA

es la llamada a vestir a toda persona distinguida; porque los trajes que se confeccionan en este taller son garantizados como los mejores del país.

He establecido un *Club de trajes* de insuperable calidad por acciones de ¢ 4.50 c/u.

Una oportunidad para obtener el vestido mejor hecho.

Busque los casimires de la SASTRERÍA AMERICANA son los de más fina calidad.

**J. PIEDRA & Hno.**

Lado Oeste de Foto Hernández

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica